



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
GRADO EN RELACIONES INTERNACIONALES

LA INFLUENCIA DE JUAN PABLO II EN LA CAÍDA DEL COMUNISMO

Estudiante: Esperanza de Carlos Viguera

Director: Prof. Dr. Diego Antonio Alonso-Lasheras de Zavala

Madrid
Abril, 2019

Índice

1. Introducción	4
1.1. Estado de la cuestión.....	4
1.2. Objeto de estudio.....	5
1.3. Hipótesis.....	6
1.4. Marco teórico	6
1.5. Metodología	7
2. Contexto Histórico: la Unión Soviética entre 1953 y 1991.....	8
3. Solidaridad y los anteriores movimientos sociales en Polonia (1956-1989).....	12
3.1. Los movimientos sociales que precedieron a Solidaridad (1956-1980).....	12
3.2. Solidaridad	16
4. Juan Pablo II.....	19
4.1. Elección como Papa del polaco Karol Wojtyla y primera visita a Polonia en 1979. ..	19
4.1.1. Karol Wojtyla.....	19
4.1.2. Primera visita de Juan Pablo II a Polonia en 1979	21
4.2. Papel de Juan Pablo II entre 1980 y 1989, caída del comunismo en Polonia.	28
5. Gorbachov y Reagan, las otras dos figuras que influyeron en el fin de la Unión Soviética.	32
5.1. Mijaíl Gorbachov	32
5.1.1. Gorbachov como presidente de la Unión Soviética	32
5.1.2. La relación entre Gorbachov y Juan Pablo II	35
5.2. Ronald Reagan	36
5.2.1. Ronald Reagan y el comunismo.....	37
5.2.2. Ronald Reagan y su relación con Juan Pablo II	40
6. Conclusión.....	42
7. Bibliografía	46

RESUMEN

Este trabajo tiene como fin analizar la influencia de la figura de Juan Pablo II en la caída del comunismo, partiendo de su primera visita a Polonia como Sumo Pontífice, en el año 1979. Se expondrá el comunismo y su caída desde una perspectiva global, tomando en cuenta los factores más relevantes del contexto de la época, midiendo de esta forma hasta qué punto fue relevante la figura del Papa. Entre estos factores, se pretende analizar el papel destacado que jugó el presidente norteamericano Ronald Reagan, en constante lucha contra el comunismo, así como la situación económica de la URSS y el presidente Gorbachov. Así, se pretende estudiar el nivel de relevancia de los distintos factores que propiciaron la caída del comunismo en Europa, destacando, entre ellos, el papel que jugó Juan Pablo II y la religión cristiana.

Palabras Clave: Juan Pablo II, Reagan, Gorbachov, comunismo, Polonia.

ABSTRACT

The aim of this paper is to analyse the influence of John Paul II in the fall of communism, beginning with his first visit to Poland as Supreme Pontiff in 1979. Communism and its fall will be exposed from a global perspective, considering the most relevant factors of the context of the time, thus measuring the extent to which the figure of the Pope was relevant. Among these factors, the aim is to analyse the outstanding role played by US President Ronald Reagan in the constant fight against communism, as well as the economic situation of the USSR and President Gorbachev. Thus, the aim is to study the level of relevance of the various factors that led to the fall of communism in Europe, highlighting, among them, the role played by John Paul II and the Christian religion.

Keywords: John Paul II, Reagan, Gorbachev, communism, Poland.

1. Introducción

1.1. Estado de la cuestión

En la segunda mitad del siglo XX, fueron muchos los que afirmaron que la modernidad traería consigo la secularización de la sociedad. En este sentido, se decía que la religión desaparecería como consecuencia de los avances en los campos de la ciencia, la educación y las tecnologías, que llevaban al mundo hacia el fenómeno conocido como la globalización (Thomas, 2010). Diversos estudios no dejaban lugar a la duda al afirmar que cuanto mejor vivía el hombre, menos religioso era, quedando reducido el fenómeno religioso a los rincones más pobres del mundo (Norris & Inglehart, 2011). El mismo Habermas afirmó que pocos estudiosos podían esperar la importancia política que de nuevo tiene la religión en tanto que estaban sumidos en la convicción de que la modernización traería consigo la secularización (Habermas, 2005). Sin embargo, lo cierto es que la religión continúa siendo una pieza fundamental en la comprensión del funcionamiento de las relaciones internacionales.

Al hilo de lo anterior, cuando se habla de la importancia de la religión en el mundo actual, no se hace referencia únicamente al fundamentalismo religioso islámico que impera en muchos países orientales y que, por desgracia, ha tenido como consecuencia la muerte de cientos de personas en distintos países del mundo. La religión cristiana, especialmente la evangélica, ha incrementado notoriamente su número de fieles y, por ejemplo, en uno de los países más importantes en el panorama político internacional, Estados Unidos, el nivel de religiosidad de la sociedad no ha disminuido en las últimas seis décadas (Habermas, 2005). Lo cierto es que, si bien en algunos de los estados más avanzados los hombres han dejado de lado la religión o, al menos, la práctica religiosa, la realidad es que la religión incide de manera clara en la política interior y exterior de los estados (Thomas, 2010).

En relación con el trabajo que aquí en concreto se presenta, Habermas afirmaba que Polonia era una excepción en el secularismo que sí se habría podido apreciar en otros países europeos y que había llevado a creer erróneamente en la afirmación de que con la modernidad la religión perdería su importancia (Habermas, 2005). En efecto, Polonia se caracteriza por ser un país muy ligado a la religión católica y el pueblo polaco no ha dejado atrás sus creencias conforme llegaban los avances tecnológicos

y mejoraba su nivel de vida. Sin duda, el ejemplo más claro de la importancia que la religión puede tener en el panorama político interno e internacional reside en la lucha del pueblo polaco por su autonomía respecto de los soviéticos en la segunda mitad del siglo XX. Alentados por las palabras del que fue el primer Papa polaco de la historia, Juan Pablo II, el pueblo polaco encontró en la religión cristiana el camino hacia su libertad. El ejemplo de Polonia pone en evidencia la necesidad de seguir considerando el fenómeno religioso como un factor clave en el desarrollo de los acontecimientos de la historia y del día a día de la política internacional.

1.2. Objeto de estudio

Este trabajo tiene como finalidad el análisis de las tres figuras que se entienden claves en la caída de la URSS, poniendo especial énfasis en la influencia que la religión tuvo en Polonia, primer estado europeo en recuperar su autonomía respecto de los soviéticos en el año 1989. Así, los sucesos que precedieron la caída de la URSS estuvieron protagonizados por el papa Juan Pablo II, el presidente de la URSS, Mijaíl Gorbachov y el presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan. Si bien no son pocos los que señalan que ninguno de los anteriores jugó un papel especialmente relevante, en tanto que los problemas económicos que atravesaba la URSS fueron los que verdaderamente provocaron su caída, lo cierto es que el fin de la Guerra Fría de manera pacífica, sin derramamiento de sangre, no habría sido posible sin ellos.

Al hilo de lo anterior, en este trabajo se pondrá especial atención al papel desempeñado por Juan Pablo II, primer polaco en ser elegido Papa en una época en la que sus compatriotas sufrían bajo un régimen coercitivo que no reconocía derechos tan fundamentales como la propiedad privada, la libertad de asociación o la libertad de expresión. Su primer viaje a Polonia en 1979, tras ser elegido Sumo Pontífice en Roma, supuso una vuelta a las raíces católicas del pueblo polaco tras años de imposición del ateísmo por parte del gobierno comunista, además de despertar un sentimiento de orgullo nacional. Tan sólo un año después nacía el movimiento social conocido bajo el nombre de Solidaridad que, a diferencia de los movimientos sociales que habían tenido lugar en Polonia en los últimos años, logró unir a más de diez millones de polacos en la demanda de mejores condiciones de vida. La posible

influencia que la visita del Papa tuvo en el nacimiento de Solidaridad será analizada con mayor detenimiento más adelante.

En un contexto histórico donde estudiosos como Thomas Luckmann defendían que la religión, si bien no había desaparecido, sí que había dejado de ser visible (Ter Borg, 2008), la católica Polonia deja sin sentido las explicaciones de los que afirman que la religión estaba llegando a su fin. En este trabajo se analiza la influencia de la religión en las relaciones internacionales a partir de uno de los más importantes acontecimientos de la historia reciente.

1.3. Hipótesis

Como hipótesis principal, por medio de este trabajo quiere investigarse el papel desempeñado por la Iglesia Católica, de la mano de Juan Pablo II, en el fin de la Guerra Fría, conflicto que mantuvo en vilo la política y seguridad internacional durante décadas. Asimismo, y al hilo de lo anterior, una sub-hipótesis sería enfatizar la influencia que, en un contexto religioso, los discursos de determinadas personas pueden tener en los pueblos y naciones que atraviesan momentos de dificultades, como era el caso de Polonia bajo el control de la URSS. Finalmente, como otra sub-hipótesis, demostrar como a través del diálogo y la resistencia pacífica puede alcanzarse la democracia sin necesidad de recurrir a la violencia para acabar con los regímenes autoritarios.

1.4. Marco teórico

Antes de proceder al análisis de los hechos ya mencionados, y a fin de un mayor entendimiento, es necesario enmarcar los mismos en el marco teórico correspondiente. En este sentido, de entre las diversas teorías que los expertos defienden en el campo de las Relaciones Internacionales, nos centraremos en una de las más novedosas, el constructivismo, que se aleja de teorías tradicionales como el liberalismo o el realismo y se basa fundamentalmente en los distintos modos de entender el panorama político internacional en función del prisma social con el que se mire. Así, los constructivistas defienden que las ideas, la cultura, los argumentos

políticos y el conocimiento ayudan a crear identidades colectivas en las distintas sociedades, haciendo que la realidad internacional nunca pueda entenderse desde un punto de vista objetivo (Finnemore & Sikkink, 2001).

En continuación con lo anterior, los constructivistas defienden que los estados interactúan de distinta forma entre sí en función de la concepción que tengan unos de otros. Así, para los británicos, no es lo mismo que Estados Unidos tenga misiles que sea la URSS quien los tenga (Wendt, 1992). Es decir, las identidades de cada actor, en este caso de cada estado, dependen de la opinión que ellos tengan de sí mismos junto con la opinión del resto de estados, configurándose de esta forma el panorama político internacional (Wendt, 1992).

En el caso concreto de la Guerra Fría, Estados Unidos y la URSS se habían configurado como dos bloques antagónicos que no tenían posibilidad alguna de convivir en armonía, al menos esa era la percepción. Los dirigentes soviéticos habían intentado inculcar a la población una conciencia colectiva que viese a Estados Unidos como una potencia imperialista que buscaba imponer el capitalismo, causa de todos los males. Por su parte, desde Estados Unidos, dirigentes como Ronald Reagan definían la URSS como un imperio diabólico, concienciando a la población de que la ideología comunista suponía una amenaza para el mundo occidental. Los soviéticos necesitaban, además, para asegurar la supervivencia de la URSS, crear una conciencia colectiva de modo que todas las poblaciones que vivían bajo la dirección de Moscú se identificasen con la ideología comunista. Como analizaremos en los siguientes apartados, Juan Pablo II vino a terminar con esa conciencia, logrando a través de sus discursos que sus compatriotas, en su Polonia natal, recuperasen su identidad como católicos.

1.5. Metodología

La metodología empleada en la redacción de este trabajo se basa en la lectura y análisis de libros y artículos académicos que versan sobre las figuras que influyeron en este capítulo de la historia que es la caída de la URSS.

2. Contexto Histórico: la Unión Soviética entre 1953 y 1991.

Tras la muerte de Stalin en 1953, Nikita Krushev se convirtió en líder de la URSS hasta el año 1964, en una década que traería importantes cambios para la federación soviética. Así, el nuevo líder soviético fue consciente de dos problemas graves que amenazaban la URSS: por una parte, en el plano internacional, la Guerra Fría en la que se habían embarcado frente a Estados Unidos y, por otro lado, en el ámbito interno, una grave crisis económica que, años más tarde, contribuiría al fin de la URSS.

En este punto es importante mencionar brevemente el estado de la economía soviética, que distaba de ser un modelo a seguir por otros países. En efecto, se trataba de una economía planificada, dirigida desde Moscú exclusivamente, lo cual era un problema si se tienen en cuenta las grandes dimensiones de la URSS, compuesta por diversidad de territorios. Además, el hecho de no existir la propiedad privada dificultaba el crecimiento económico, en tanto que los trabajadores no tenían incentivo alguno para mejorar en el desempeño de sus funciones. Asimismo, a esta economía estancada, planificada desde un solo punto y por un solo poder, se le unían inmensos gastos que derivaban de la carrera armamentística y espacial que se vivía en el contexto de la Guerra Fría. Expandir el comunismo en el mundo era una tarea primordial en su ideario, pero esto implicaba a su vez un continuo gasto de dinero que desangraba las arcas soviéticas (Taubman, 2018).

Krushev fue consciente cuando llegó al poder de todos estos problemas económicos que aquejaban a la URSS. Es por este motivo por el que pretendió, desde un principio, iniciar una serie de reformas que permitiesen la consolidación de ésta en torno a una economía fuerte. Del mismo modo, el nuevo líder soviético tenía en mente una reforma política que, sin saberlo, le perjudicaría seriamente. En este sentido, Krushev quería distanciarse del liderazgo que había ejercido durante años Stalin, conocido por su autoritarismo, así como por llevar a cabo abominables purgas que acabaron con la vida de miles de personas. Es así como tiene lugar, durante el 20º Congreso del Partido Comunista en febrero de 1956, el inesperado reconocimiento de las atrocidades cometidas por Stalin. Sin embargo, Krushev no pareció tener en cuenta que, con esta acción, no sólo se distanciaba del violento régimen impuesto por Iósif Stalin, sino que también despertaba esperanzas en los pueblos sometidos a la

URSS y a los regímenes comunistas. Así, en estados como las Repúblicas Populares de Polonia o Hungría se iniciaron manifestaciones pacíficas por parte de la población con el fin de que les fueran reconocidos derechos tan básicos como la libertad de expresión o de asociación.

En Polonia, la declaración de Krushev provocó divisiones dentro del Partido Obrero Unificado Polaco (en adelante, POUP), especialmente tras la muerte del Secretario General del partido, Bolesław Bierut. Las distintas interpretaciones que se hacían de la URSS y de las reformas que se debían poner en marcha marcaron una época de confusión dentro del partido, confusión que fue aprovechada por la población polaca. Así, el movimiento empezó en Pozna, ciudad situada en el oeste de Polonia, en la fábrica Cegielski, donde los obreros se reunieron y enviaron una delegación a la capital, Varsovia, en demanda de una mejora en sus condiciones de trabajo. Esta delegación no tuvo, como era de esperar, buena acogida en el seno del POUP, si bien tras comprobar la ineficacia de sus amenazas hacia los obreros y sus familias, aceptaron enviar un representante a la región de Pozna (Ekiert, 1997).

No obstante lo anterior, esta victoria por parte de los obreros no sirvió para mucho, ya que el representante enviado no sólo no accedió a ninguno de los puntos propuestos por los trabajadores, sino que amenazó con las consecuencias que derivarían de sus demandas. Furiosos ante la no aceptación por parte del Partido Comunista de sus propuestas, frustrados por un modo de vida que no era acorde a la dignidad humana, los polacos de Pozna marcharon hacia el centro de la ciudad. Fueron tres días de lucha en las calles, que terminaron con cientos de muertos y el control de la situación por parte del gobierno polaco, además de la detención del Cardenal católico Wyszynski.

Stefan Wyszynski, arzobispo de Varsovia y de Gniezno, Primado de Polonia, había estado llevando a cabo un sorprendente, por lo políticamente provocativo que era, programa religioso con motivo de la conmemoración de los 1.000 años de la presencia de la Iglesia Católica en Polonia. En este sentido, durante los nueve años anteriores a esta fecha (la Gran Novena del Milenio), promovió los valores católicos que debían imperar en la sociedad polaca, así como inició una peregrinación de una copia de la Virgen Negra de Częstochowa por todos los pueblos y regiones del país, a fin de volver a hacer sentir a los polacos bajo la protección de la Virgen. Polonia, uno de los países católicos por excelencia, siempre había sido especialmente devoto a la Virgen

María y sentía que contaba con una especial protección por su parte, considerándola incluso Reina de Polonia (Osa, 1996).

La renovación de la Iglesia católica polaca de la mano de Wyszynski ayudó a contrarrestar la propaganda socialista, que trataba de imponer el ateísmo, además de volver a situar a la Virgen en el centro de la vida del pueblo polaco. Prueba de la devoción del pueblo polaco hacia la Virgen fueron las numerosas súplicas que se oyeron al paso de la Virgen Negra de Częstochowa por los diferentes pueblos y regiones donde sus habitantes pedían entre lágrimas su protección frente al gobierno comunista.

En continuación con lo anterior, la Iglesia Católica de Polonia jugó un papel fundamental en el inicio de los movimientos sociales contra el comunismo. Así, mientras el Estado controlaba el poder en la esfera oficial, en el contexto de poder político coercitivo, la Iglesia se hizo con el alma de la nación, a través de los símbolos nacionales y la historia (Osa, 1996). Precisamente a estos símbolos y a la historia de Polonia recurriría también el papa Juan Pablo II en los numerosos discursos que pronunció a sus compatriotas para hacer resurgir en ellos la fe católica característica de esta nación.

Tras lo ocurrido en Pozna, el POUP quedó aún más dividido entre los partidarios de seguir la línea dura marcada por Stalin y los que estaban dispuestos a realizar una serie de reformas en el régimen comunista de Polonia. Estos últimos, liderados por Władysław Gomułka, acabaron imponiéndose a los primeros en un clima de gran tensión, bajo la amenaza de intervención por parte de la URSS. Gomułka fue nombrado Secretario General del partido, cargo en el que permanecería hasta 1970.

Con un líder partidario de no seguir políticas agresivas contra el pueblo polaco, los obreros lograron el establecimiento de asambleas, el fin de la censura y el abandono de las políticas de colectivización agraria. Estas concesiones, unidas a la intervención de las tropas soviéticas en Hungría en octubre de ese mismo año, 1956, que se saldaron con miles de muertos y otros tantos que huyeron del país, calmaron los ánimos en la nación polaca (Ekiert, 1997).

Si bien retornó la normalidad en estos estados, la imagen y posición de Kruschev como líder de la URSS se vio debilitada. Sus reformas no eran entendidas por los miembros del Partido Comunista, muchos de ellos fieles seguidores de las políticas

de Stalin que veían en Krushev una figura débil. La crisis de los misiles en Cuba, frente al presidente estadounidense J.F. Kennedy en el año 1962, que se saldó con el desmantelamiento de la base militar soviética en la isla, marcó definitivamente el liderazgo de Krushev, quien fue depuesto en el año 1964.

Leonid Brézhnev se convirtió en el nuevo líder soviético, habiendo de permanecer en el cargo de Secretario General del Partido hasta el año 1982, fecha en la que muere. Al contrario que su antecesor, Brézhnev era partidario de volver a la línea de gobierno más restrictiva, girando de nuevo hacia la ortodoxia de Stalin. Es esta la razón por la que no intentó introducir ninguna mejora en la economía soviética, que sufrió un gran deterioro. Sus sucesores, Yuri Andrópov, antiguo jefe de la KGB, y Konstantín Chernenko, que estuvieron apenas unos años en el poder (1982-1985), también eran de la vieja guardia, habiendo luchado en la Segunda Guerra Mundial y partidarios de la ortodoxia del sistema stalinista (Daniels, 2007). Especialmente relevante fue el año 1981, año en el que tuvieron lugar los intentos de asesinato del presidente de Estados Unidos Ronald Reagan y del papa Juan Pablo II, con apenas seis semanas de diferencia. Si bien nunca se pudo demostrar, no fueron pocos los que vieron tras los atentados la sombra de la KGB y la URSS.

Sólo tras la muerte de Chernenko, el Partido Comunista fue consciente de la necesidad de elegir a un líder más joven que no fuera de la vieja guardia stalinista. Así es como Mijaíl Gorbachov fue nombrado Secretario General en el año 1985. A pesar de que su nombre ya había sonado como posible candidato tras la muerte de Andrópov, puesto que éste le había apoyado en el Politburó, la idea de que los líderes del partido debían ser conservadores tradicionales hizo que en su lugar fuera elegido Chernenko (Taubman, 2018). La muerte de éste, tan sólo un año después de su elección, dio lugar al comienzo del que habría de ser el último líder de la URSS hasta su disolución en 1991.

3. Solidaridad y los anteriores movimientos sociales en Polonia (1956-1989).

3.1. Los movimientos sociales que precedieron a Solidaridad (1956-1980).

En el apartado anterior ya hicimos referencia a las protestas que tuvieron lugar en Pozna en 1956 y que terminaron con el reconocimiento de una serie de derechos para la clase obrera polaca. Asimismo, también aludimos al papel de la Iglesia Católica en Polonia de la mano del cardenal Wyszynski y su Gran Novena del Milenio. En este apartado, analizaremos los movimientos sociales de protesta contra el régimen comunista que tuvieron lugar en la República Popular de Polonia y que culminaron con el éxito del último movimiento, conocido bajo el nombre de Solidaridad.

La URSS vivió dos grandes crisis, la ya mencionada crisis de la década de 1950 tras la muerte de Stalin y el ascenso al poder del reformista Kruschev, y la que tuvo lugar en la década de 1980, que conduciría al fin de la URSS en 1991. Sin embargo, en el caso particular de Polonia, las crisis del régimen comunista fueron mucho más numerosas que en el resto de estados europeos dominados por los soviéticos. En este sentido, se experimentaron cinco grandes crisis políticas en la nación polaca: en 1956, 1968, 1970, 1976 y en 1980 (Ekiert, 1997). Sin duda, de las repúblicas dominadas por la URSS, Polonia fue el ejemplo más claro de la debilidad de la estructura institucional que implicaba estar gobernada por un único partido, el POUP, así como del poder de movilización del pueblo contra el régimen impuesto. Fue además el primer estado dominado por los soviéticos en recuperar su autonomía, en el año 1989.

Al hilo de lo anterior, cabe preguntarse qué hizo de Polonia una república diferente al resto de repúblicas socialistas. Algunos estudiosos defienden que lo que verdaderamente distinguió Polonia de otros estados como Hungría o Checoslovaquia fue el proceso que tuvo lugar tras la muerte de Stalin en 1953 y que culminó con la rebelión de Pozna de 1956 (Ekiert, 1997). A través de este proceso, se consolidó en Polonia un modelo institucional único y distinto del resto de estados sometidos al poder soviético, teniendo mayor diversidad, mayor tolerancia cultural y menor planificación de la economía. Así, de entre los cambios que tuvieron lugar, fueron especialmente relevantes la reactivación de la economía, mediante el desmantelamiento de la mayor parte de granjas colectivas y la apertura del POUP, permitiéndose el voto secreto en las elecciones e incrementándose el número de

candidaturas (Ekiert, 1997). En el plano religioso, se puso en libertad al cardenal Wyszynski y a otros sacerdotes encarcelados, además de autorizarse la formación de organizaciones católicas, la vuelta de la enseñanza católica a las escuelas y las publicaciones religiosas. También la relación con la URSS cambió, cancelándose la deuda que tenían, concediéndoles nuevos créditos y permitiendo la repatriación de numerosos polacos que habían huido durante la guerra.

Sin embargo, todas estas promesas de una mayor libertad quedaron en nada, y pronto se retornó al punto de partida, sin apenas reformar la economía y prohibiéndose la enseñanza religiosa en los colegios, entre otras cosas. A pesar de ello, Polonia seguía siendo un referente en cuanto a diversidad cultural y apertura si se comparaba con Hungría o Checoslovaquia, habiendo incluso quienes afirmaban que Polonia, tras lo ocurrido en 1956, había pasado de ser un estado totalitario a un estado autoritario o medio-democrático (Koczanowicz, 1997).

La segunda gran crisis política en Polonia tuvo lugar en el año 1968. Las protestas nacieron esta vez fruto de una movilización de estudiantes, frustrados por la situación de deterioro económico que atravesaba el país, así como por el incumplimiento de lo prometido en 1956. De esta forma, en un ambiente de gran tensión social, el movimiento estalló con la cancelación de una obra teatral de carácter patriótico que ensalzaba la Polonia no comunista del siglo XIX. Tras la última función, una marcha tuvo lugar por las calles de Varsovia, que se saldó con la expulsión de dos estudiantes de la Universidad de Varsovia. Sus compañeros organizaron una manifestación pacífica en protesta por la expulsión de dos de sus líderes, que terminó con el uso de la fuerza por parte de las fuerzas de seguridad estatales (Ekiert, 1997). La movilización de los estudiantes sorprendió al gobierno de Gomulka, en tanto que para acceder a la universidad éstos habían tenido que pasar una serie de filtros, como pertenecer a familias afines al régimen (Golebiowski, 1999).

Este ataque a los más jóvenes de la sociedad polaca, en el clima de tensión política y social que estaba teniendo lugar en Polonia, fue el detonante de una gran ola de protestas en las calles, esta vez mucho más violentas. El movimiento se extendió a todas las universidades polacas, en las que los estudiantes hicieron frente a la brutalidad policial demandando el reconocimiento de sus derechos políticos, el fin de la censura y la adopción de las medidas necesarias para reactivar la economía del país (Ekiert, 1997). Las consecuencias fueron terribles: cientos de estudiantes fueron

expulsados, se cerraron departamentos como el de economía o psicología y miles de polacos se vieron obligados a emigrar.

Sin embargo, a pesar de estas consecuencias, la rebelión de los estudiantes en 1968 fue clave, puesto que significó el punto de partida de la liberalización frente a las imposiciones del régimen comunista, que no terminaría hasta la creación de Solidaridad en 1980. A raíz de la protesta de miles de estudiantes polacos y su represión por parte del Estado, el pueblo polaco fue realmente consciente de que nunca alcanzarían sus demandas bajo el régimen comunista en el que vivían, que las promesas futuras que hicieran tendrían tan poco valor como las pasadas incumplidas y que la ideología comunista sólo llevaba a un gobierno represivo con el que no podrían aspirar a una vida mejor. Con su violenta represión hacia los estudiantes, el régimen comunista polaco no había hecho sino sembrar un peligroso odio por parte del pueblo, que tendría consecuencias más pronto que tarde.

Efectivamente, en los años 1970 y 1976 se sucedieron sendas rebeliones por parte de los trabajadores polacos ante los anuncios de subidas en el precio de los alimentos. En diciembre de 1970, tuvieron lugar los considerados como “*actos más violentos perpetrados por la clase obrera en la historia de los regímenes comunistas*” (Ekiert, 1997). Los obreros de ciudades costeras como Gdansk o Gdynia organizaron marchas contra las sedes del Partido Comunista en estas localidades, hicieron huelgas y redactaron largas listas de peticiones. La represión, que ya había sido dura en las manifestaciones pacíficas de los estudiantes polacos en el año 1968, lo fue mucho más en esta ocasión. Muchos obreros murieron, otros fueron heridos, arrestados y, finalmente, se logró frenar el levantamiento.

En esta ocasión, ni los estudiantes ni los líderes católicos apoyaron a la clase obrera. Para esta clase, la rebelión de diciembre de 1970 supuso lo que para estudiantes y sacerdotes habían supuesto los movimientos de 1956 y 1968: por primera vez fueron verdaderamente conscientes de la brutalidad del régimen comunista bajo el que vivían. Asimismo, sus protestas comenzaron a ir más allá de la mera petición de mejoras laborales, demandando reformas económicas y cambios en las instituciones. Pero, sin duda, el mayor de los éxitos que tuvo su rebelión fue la creación de una conciencia colectiva, el colectivo de la clase obrera actuando de forma conjunta en la demanda de cambios sociales, políticos y económicos para su país.

La rebelión que tuvo lugar en 1976 también fue liderada por la clase obrera y también tuvo como detonante la subida en los precios de los alimentos más básicos. En este sentido, Edward Gierek, quien había sustituido a Gomulka al frente del gobierno de Polonia tras las dificultades de este último para controlar las crisis sociales, había llevado a cabo una renovación del sistema industrial polaco, en un intento por darle un impulso a la economía, que presentaba serios problemas. No obstante, los esfuerzos de Gierek no hicieron sino empeorar la situación, en tanto que la mala gestión administrativa, la escasa preparación técnica de los trabajadores, así como el desequilibrio en el mercado, tuvieron como consecuencia directa la subida del precio final de los alimentos, llegando éste a incrementarse en un 100% en el caso del azúcar, por ejemplo (Golebiowski, 1999). En el contexto de una grave crisis económica, obreros de más de 130 fábricas se manifestaron y lograron que en un solo día la orden de incrementar los precios fuese revocada. Si bien en su mayoría las protestas fueron pacíficas, en algunas regiones adquirieron un tono agresivo y violento que fue respondido de la misma manera por parte de las fuerzas policiales. No obstante, esta vez los obreros no estuvieron solos, sino que fueron respaldados por los estudiantes e intelectuales que habían entendido que era necesario la suma de todo el pueblo polaco para hacer frente al régimen que les gobernaba. La Iglesia Católica también se unió a las demandas de un mejor trato y reconocimiento de los derechos de la clase obrera (Ekiert, 1997).

Es éste el momento en que los obreros, los estudiantes, las élites intelectuales polacas y la Iglesia Católica comienzan a cooperar, difundiendo panfletos secretos, estableciendo nuevas organizaciones y universidades clandestinas, promoviendo un sistema educativo diferente del establecido por el régimen. Paralelamente, la crisis económica puso de relieve la debilidad de las estructuras del régimen autoritario, así como la banalidad de los principios leninistas que en teoría sustentaban la estructura política. Y es en este contexto, con un pueblo polaco organizando su resistencia en la sombra y una estructura política cada día más frágil, cuando un polaco, el arzobispo de Cracovia Karol Wojtyła, es elegido Papa. Un polaco que había sufrido los terrores de la Segunda Guerra Mundial con la invasión de los nazis, que había visto cómo amigos suyos judíos desaparecían de un día para otro y que, finalmente, había vivido bajo el régimen comunista que privaba a Polonia de su libertad, era ahora el Sumo Pontífice, cabeza visible de la Iglesia Católica de Roma. Un sentimiento de orgullo

nacional, junto con la visita del Papa en el año 1979, influyeron en el asalto definitivo al régimen comunista: el nacimiento de Solidaridad.

3.2. Solidaridad

En 1980 la sociedad polaca estaba unida frente al régimen en tanto que la clase obrera, la élite intelectual y la Iglesia Católica avanzaban de la mano desde las movilizaciones sociales que habían tenido lugar en el año 1976. Es por esta razón que la nueva organización formada por la clase obrera contó con el total respaldo de todo el pueblo polaco, sin división alguna. Esta organización había sido bautizada con el nombre de Solidaridad. Por primera vez, y a diferencia de las movilizaciones anteriores, aproximadamente 10 millones de polacos hicieron frente al comunismo con una serie de demandas que también eran nuevas: libertad de expresión, libertad de asociación, libertad de pensamiento, libertad de prensa, igualdad de derechos y deberes. Era una petición que iba más allá de mejoras materiales en sus vidas, se pedía el reconocimiento de las libertades políticas más básicas acordes a la dignidad del hombre (Walesa, 1983).

Al hilo de lo anterior, y como consecuencia de la inacción del gobierno ante las protestas del pueblo por una nueva subida en el precio de los alimentos (Aguilar, 2016), surgió este movimiento totalmente pacífico que tuvo como consecuencia más directa la firma de un acuerdo por parte del régimen en agosto de 1980, mediante el cual se reconoció la creación del primer sindicato de trabajadores bajo un gobierno comunista. Esto fue acompañado de una reforma estructural del Estado, que llevó a un gobierno más democrático en aquellos puntos donde el régimen comunista carecía ya de autoridad alguna. Este régimen se enfrentó por primera vez a una organizada oposición que había ido formándose en la sombra desde 1976 y que ahora salía a la luz con líderes bien formados y sólidas estructuras.

Gracias a este movimiento, la sociedad civil alcanzó un poder sin precedentes en un país gobernado por un régimen autoritario. El pueblo polaco en su totalidad se vio representado por este movimiento, eran ellos, Solidaridad, frente a los gobernantes comunistas; se había creado una conciencia colectiva unida por las demandas de democracia, por símbolos nacionales y patrióticos, por valores éticos de su religión

católica, frente al ateísmo y la ideología comunista que desde el régimen se buscaba imponer.

En continuación con lo anterior, es importante enfatizar el hecho de que este movimiento siempre fue pacífico, rechazándose desde el principio cualquier uso de la violencia como medio para ver cumplidas sus demandas. Así, los polacos utilizaron tácticas como la persuasión, las declaraciones y reivindicaciones y la no cooperación, abandonando sus puestos de trabajo. En este sentido, destacaron también las misas y la simbología católica que acompañaron las protestas del movimiento, sobresaliendo de entre todas las imágenes la de Juan Pablo II (Aguilar, 2016). Esto no hace sino dar fe de la influencia que la religión católica, de la mano del Papa, tuvo entre los polacos que se unieron a Solidaridad.

No obstante, el camino hacia la autonomía de Polonia no iba a ser sencillo y prueba de ello fue la imposición de la ley marcial el 13 de diciembre de 1981, que habría de mantener al país en estado de guerra hasta el 22 de julio de 1983. Se llevó a cabo una operación militar en el país sin precedentes en la historia de los regímenes socialistas, procediéndose al cierre de las fronteras, la interrupción de las comunicaciones, la imposición del toque de queda en las ciudades y pueblos polacos, la ilegalización de todas las organizaciones sociales y la detención de más de diez mil miembros de Solidaridad. Un verdadero golpe de fuerza por parte de un régimen que parecía haberse debilitado hasta límites extremos. De un día para otro, Polonia pasó de ser la república socialista con más libertad a ser la nación más oprimida.

Las órdenes de imposición de la ley marcial vinieron desde Moscú, donde los miembros del Politburó habían seguido alarmados las noticias que llegaban relativas a una apertura en el régimen autoritario que gobernaba Polonia. Los dirigentes soviéticos habían estado llevando a cabo un detallado plan con el fin de reconducir la situación en este país, temerosos de la atención que estaba despertando Solidaridad en el mundo, así como del apoyo recibido por parte de la Santa Sede y Estados Unidos (Morera, 2012). Sin embargo, el pueblo polaco que había reunido a más de diez millones de personas en apenas unas semanas y había formado Solidaridad, no cejó en su lucha, y lo que en un principio se consideró una operación exitosa por parte del régimen comunista pronto se vio que no era más que otro obstáculo hacia la meta que los polacos perseguían: la libertad.

Durante esta época de la ley marcial, la sociedad civil continuó con sus reuniones, esta vez de forma clandestina. Los opositores mantuvieron un sistema educativo paralelo al programa oficial que se daba en las escuelas, y continuaron con la propaganda de ideas claramente contrarias al régimen. El día 13 de cada mes, en recuerdo de la imposición de la ley marcial un 13 de diciembre, la oposición salía a las calles a manifestarse y demandar su libertad. Además, el poder político se enfrentaba a un problema aún mayor, una crisis económica que amenazaba su ya de por sí débil posición. Y todo ello estalló en la primavera de 1988. En el 20º aniversario de las protestas de 1968, los estudiantes tomaron varias universidades, lo que fue seguido por el resto del pueblo polaco en forma de manifestaciones el 1 de mayo de ese año. Los antiguos líderes de Solidaridad volvieron a las calles y el movimiento pareció volver a cobrar fuerza. Esta movilización, que no tuvo el éxito de la anterior en 1980, fue seguida por otra más exitosa apenas unos meses después, en el verano de 1988. Ante el temor de lo que podía surgir de una nueva Solidaridad, el partido gobernante accedió a sentarse en una mesa con los miembros de la oposición y en octubre de 1988 comenzaron unas negociaciones que habrían de significar una serie de cambios en Europa del Este: el comienzo del fin del poder soviético. (Ekiert, 1997)

En febrero de 1989 comenzaron oficialmente las negociaciones entre los reformistas pertenecientes a las élites del Partido Comunista y la oposición, basada en el movimiento de Solidaridad, que fue legalizada el 5 de abril de 1989. En junio de ese mismo año se celebraron por primera vez elecciones semidemocráticas, que llevaron al triunfo de Solidaridad, el establecimiento del primer gobierno no comunista en la región desde la década de 1940 y a la desaparición del POUP tan sólo un año más tarde.

Polonia volvió a recuperar su independencia tras años sometida a los horrores del nazismo, primero, y del comunismo después. Hemos visto como la sociedad civil polaca, más fuerte y unida que en el resto de estados de Europa Central también sometidos a regímenes comunistas, hizo frente a las imposiciones y demandó el reconocimiento de sus derechos. No obstante, cabe preguntarse dónde residió la clave del éxito de los movimientos que tuvieron lugar en Polonia, especialmente el éxito de Solidaridad.

El líder de Solidaridad, el obrero católico Lech Wałęsa, señaló que, para él, la clave del éxito del movimiento fue la visita del recién elegido papa Juan Pablo II tan sólo

un año antes, en 1979. Wałęsa afirmó, tiempo después, que ya se había intentado otras veces (Orella, 2017), en referencia a las movilizaciones sociales, pero que no fue hasta la visita del Papa cuando verdaderamente el pueblo polaco se unió y se levantó en una lucha que ya no descansaría hasta el triunfo definitivo del movimiento en 1989, con la elección del primer gobierno democrático en Europa del Este.

4. Juan Pablo II

4.1. Elección como Papa del polaco Karol Wojtyła y primera visita a Polonia en 1979.

4.1.1. Karol Wojtyła

Karol Wojtyła nació en 1920 en la ciudad polaca de Wadowice, a tan sólo 20 kilómetros de donde años más tarde los alemanes instalarían el campo de concentración más famoso por sus dimensiones y las brutalidades que en él se cometieron: Auschwitz. Wojtyła era hijo de un antiguo oficial del ejército y tenía un hermano mayor. Su madre, de salud débil, murió cuando tenía tan sólo nueve años, y su hermano partió poco después a estudiar medicina, quedándose solo con su padre, con quien estableció una estrecha relación. Su padre, un hombre muy religioso, influyó en buena medida en el acercamiento del joven Wojtyła a la fe católica. Tras la muerte de su hermano, la relación entre padre e hijo se estrechó aún más (Formicola, 2005).

Con 18 años, ambos se mudaron a Cracovia, donde Karol comenzó sus estudios en la Universidad de Jagellonian. A esa edad, Wojtyła ya hablaba latín y alemán de forma fluida y leía en griego, dando muestras de una gran habilidad para los idiomas que se confirmaría años más tarde cuando demostró que sabía expresarse con fluidez en español, italiano y francés, además de las anteriormente mencionadas (Szulc, 2008). Cuando comenzó sus estudios universitarios corría el año 1938, último año en el que Polonia viviría sin estar sometida a un régimen autoritario hasta el triunfo de Solidaridad en las elecciones de 1989. Así, tan sólo un año más tarde del comienzo de sus estudios universitarios, Polonia fue invadido por los nazis, quienes encarcelaron y deportaron a miles de judíos, entre los cuales se encontraban

profesores y amigos íntimos del futuro Papa. Como la universidad fue cerrada por los alemanes, Wojtyla se vio obligado a trabajar en la mina para conseguir sustento para su padre y para él mismo. El trabajo en la mina, de extrema dureza, enseña a un joven Wojtyla a sufrir en silencio y con dignidad, así como a habituarse a la disciplina, lecciones que le acompañarían toda su vida y que marcarían su legado como Sumo Pontífice (Szulc, 2008).

Este duro trabajo, y las difíciles circunstancias en las que vivía el joven de 19 años eran amenizadas por su participación en un teatro clandestino, donde se interpretaban obras patriotas, que ensalzaban la historia de Polonia, así como la identidad religiosa del pueblo polaco. En este sentido, a la edad de 20 años, el que fuera Papa años más tarde ya había escrito dos obras teatrales basadas en la Biblia (Szulc, 2008). Gracias a sus papeles teatrales, fue conocido por el arzobispo de Cracovia, Stephan Sephia, quien también amaba el teatro y era conocido por su oposición moral al nazismo. Wojtyla pronto trabó amistad con Sephia, quien se convirtió en su mentor, pasando a estudiar en el seminario clandestino que Sephia dirigía.

La muerte repentina de su padre provocó que Wojtyla se volcase en sus estudios en el seminario y en su vocación religiosa. En 1946, con 26 años, y tras la liberación de Polonia por los soviéticos, Wojtyla fue ordenado sacerdote (Formicola, 2005). Marchó a estudiar teología a Roma donde obtuvo su primer doctorado en teología y regresó después a su tierra natal donde le fue asignada una pequeña parroquia. Tiempo después, marchó a la que había sido su antigua universidad, la Universidad de Jagellonian, para dar clases, trabajo que compaginó dando clases también la Universidad de Lublin. A la edad de 32 años obtuvo su segundo doctorado, esta vez en filosofía. En 1958 y con tan sólo 38 años, Wojtyla es nombrado obispo auxiliar de Cracovia, adquiriendo una gran notoriedad en Polonia.

Karol Wojtyla realizó numerosos viajes a la Santa Sede como miembro de la delegación polaca, tras su nombramiento como obispo auxiliar de Cracovia. Es en estos viajes donde conoció a personas influyentes dentro del Vaticano, así como al Papa Pablo VI, con quien trabó una amistad especial (Szulc, 2008). Más aún, esta amistad con el Sumo Pontífice le permitió entrar en su círculo de confianza, entre quienes se encontraban quienes más tarde elegirían al nuevo Papa (Formicola, 2005). Pronto, Wojtyla fue nombrado arzobispo de Cracovia, y tras la muerte de Pablo VI fueron muchos los rumores que apuntaron al polaco como el sucesor de San Pedro.

Sin embargo, tras el Concilio Vaticano II se consideró mejor un Papa menos conservador que Karol Wojtyla, de ahí que el sucesor de Pablo VI fuera el italiano Juan Pablo I.

La muerte del nuevo Papa cuando tan sólo había pasado un mes de su elección fue vista por algunos obispos como una señal divina de que era necesario un verdadero cambio en el Vaticano y, por ende, en el mundo católico (Formicola, 2005). La elección de un Papa polaco, conservador y de tan sólo 58 años supuso una verdadera sorpresa. Karol Wojtyla, arzobispo de Cracovia, era elegido Papa en el año 1978 bajo el nombre de Juan Pablo II. Sin embargo, a pesar de que se convirtió en la cabeza visible de la Iglesia Católica en el mundo, el Papa nunca dejó de ser Karol Wojtyla, un patriota polaco (Szulc, 2008).

4.1.2. Primera visita de Juan Pablo II a Polonia en 1979

Apenas siete meses después, en junio de 1979, el Papa visitó su tierra natal por primera vez desde su elección. Desde Moscú, conscientes de las consecuencias que podía tener el viaje, trataron de impedirlo, pero el POUP permitió su entrada en el país, en tanto que constituía un motivo de orgullo nacional el que un polaco hubiese sido elegido sucesor de San Pedro. El viaje, que duró nueve días, fue planificado minuciosamente y ni los lugares en los que habló ni las palabras que pronunció fueron una casualidad. Por el contrario, tenían el claro propósito de despertar la fe católica del pueblo polaco, frenando la propaganda ateísta que se promovía desde el régimen comunista.

Para Juan Pablo II, la idea fundamental sobre la que había que partir en todo régimen político era el respeto a la dignidad de todos los hombres, en tanto que todos habían sido creados a imagen y semejanza de Dios. La humanidad debía comprometerse con la búsqueda de la justicia social, el desarrollo económico y el reconocimiento de los derechos humanos en tanto que era éste el único modo de salvaguardar la dignidad de los hombres. Juan Pablo II quería hacer partícipes a los hombres de este mensaje, de esta necesidad, acercándoles de nuevo al mensaje de Cristo, a las raíces más profundas del cristianismo, y alejándose de los discursos políticos (Zagacki, 2001).

Este rechazo hacia las explicaciones del cristianismo basadas en principios marxistas volvería a manifestarse años más tarde en su oposición hacia la conocida como Teología de la Liberación, en Latinoamérica. Juan Pablo II se enfrentó a esta forma de enseñanza religiosa bajo la justificación de que la Teología de la Liberación ponía en peligro la esencia misma del Evangelio. Mientras que algunos sacerdotes defendían el uso de la violencia en Latinoamérica como única forma de lograr superar las desigualdades entre clases, el Papa recordó el mensaje de Cristo, en el que primaban siempre las palabras contra la violencia. Juan Pablo II defendió durante una de sus visitas a este continente que el crimen nunca sería el camino a seguir para conseguir la libertad, algo que había defendido años atrás en la lucha contra el comunismo en Europa del Este.

No fueron pocos los que consideraron que la oposición de Juan Pablo II a la Teología de la Liberación se basaba en su propia experiencia personal, puesto que, no en vano, él había conocido de primera mano lo que era la represión de las libertades más fundamentales en un régimen comunista. Su desafío a esta ideología era notorio, tanto que durante su viaje de nueve días a Polonia en 1979 llegó a decir frente a la Virgen Negra de Częstochowa que en su propio país también debía reinar la paz y el respeto a los derechos humanos, vocación de todas y cada una de las naciones europeas. Precisamente su experiencia personal con los nazis y los comunistas en Polonia motivaron su lucha contra las dictaduras en el mundo, lucha que manifestó en uno de sus discursos en las Naciones Unidas, donde reclamó a los regímenes políticos el fin de los abusos contra la dignidad de los hombres que vivían bajo su autoridad: *“Hago votos para que las autoridades estatales respeten los justos derechos de cada ciudadano y puedan gozar, por el bien común, de la confianza de todos”* (Juan Pablo II, 1979).

Ahora bien, la pregunta que cabe hacerse en este punto es qué hizo que la visita de nueve días de Juan Pablo II a Polonia se probase más eficaz que todo cuanto había tenido lugar hasta entonces, qué hizo que el pueblo polaco se manifestase incluso frente a la amenaza de restricciones e imposiciones políticas y económicas. Para Kraszewski la respuesta es clara: el Papa les trajo esperanza y les hizo recordar quiénes eran (Kraszewski, 2012). Así, el Papa regresó a la tierra que le vio nacer con la intención de despertar la fe del pueblo polaco (el 90% de la población de Polonia, unos 35 millones, se declaraba católico (Zagacki, 2001)), de reconstruir la sociedad

tras años dominada por el Partido Comunista. En su mensaje durante estos nueve días, tres fueron los temas principales: la naturaleza cristiana de la nación polaca, el verdadero sentido del trabajo y la vuelta a la fe católica, tanto en la esfera pública como en la privada.

El comunismo buscaba eliminar la soberanía de los estados que dominaba, quería lograr un gobierno mundial que no distinguiera de naciones o estados a través de una versión marxista de la historia. No obstante, esto se topa desde el principio con un problema en Polonia. En efecto, la sociedad polaca está definida por la religión católica, la vinculación entre el país y el catolicismo es tan fuerte que desde el régimen comunista se ven con dificultades a la hora de imponer el ateísmo. Kraszewski llega a afirmar que el catolicismo es a Polonia lo que la democracia a Estados Unidos, su raíz más profunda y esencial. En su primer discurso, Juan Pablo II atacó directamente al comunismo, manifestando que todos los trabajadores polacos eran miembros de la Iglesia Católica con independencia de su clase social en tanto que el mero hecho de ser ciudadanos polacos equivalía a ser católicos y miembros de una misma Iglesia:

“A todos vosotros, los que labráis la tierra, los que trabajáis en la industria, en las oficinas, en las escuelas, en los ateneos, en los hospitales, en los institutos de cultura, en los ministerios, en cualquier lugar. Hombres de todas las profesiones que con vuestro trabajo construís la Polonia contemporánea, herencia de tantas generaciones, herencia amada, herencia no fácil, empeño grande, de nosotros polacos "gran deber comunitario", la patria. Todos vosotros que sois a la vez la Iglesia, esta Iglesia de Varsovia.” (Juan Pablo II, 1979)

En un claro desafío al régimen comunista, que buscaba orientar la devoción del pueblo polaco de la religión al Estado, el Papa recordó que era la Iglesia y no el Estado la que garantizaba la formación de buenos ciudadanos y buenos profesionales (Kraszewski, 2012). Juan Pablo II estaba equiparando la lealtad a la Iglesia y al Estado, situándolas en un mismo plano.

El Papa fue más allá en su discurso en Gniezno, localidad situada en el oeste de Polonia, poniendo fin a la concepción marxista de la historia que el régimen comunista había tratado de imponer en Polonia, al igual que en el resto de repúblicas socialistas. En este sentido, recordó una vez más que la nación polaca está vinculada al cristianismo en sus más profundas raíces y que precisamente por esta razón Polonia

era “*espiritualmente independiente*” (Juan Pablo II, 1979) teniendo su propia cultura alejada del ideario marxista. Juan Pablo II recordó que la cultura era la base fundamental de Polonia y no la economía, como desde el comunismo se intentaba imponer: “(la cultura) *Nos distingue como nación. Decide sobre nosotros a lo largo de todo el curso de la historia, decide más todavía que la fuerza material.*” (Juan Pablo II, 1979). Así, el Papa recordó que, si bien Polonia había sido objeto de numerosas invasiones a lo largo de su historia, ésta nunca había perdido su identidad como nación gracias a la lealtad del pueblo hacia su cultura.

Precisamente su intención era demostrar que, en Polonia, nacionalismo y catolicismo formaban parte una misma entidad que no podía separarse: “*La cultura polaca desde sus orígenes lleva signos cristianos bien claros*” (Juan Pablo II, 1979). Si desde Moscú se intentaba crear una especie de identidad colectiva en todos los estados que estaban bajo su control, el Papa alentó a sus compatriotas a permanecer siempre fieles a la historia de Polonia y, en concreto, a nunca renunciar a su cultura, tan ligada a la religión:

“Permaneced fieles a este patrimonio! ¡Haced que sea el fundamento de vuestra formación! ¡Convertidlo en objeto de vuestro noble orgullo! ¡Conservad y multiplicad este patrimonio; transmitidlo a las generaciones futuras!” (Juan Pablo II, 1979).

Asimismo, junto con la intención de hacer renacer en el pueblo polaco ese sentimiento de orgullo por Polonia y de no creer la visión marxista de la historia del país que desde el régimen se buscaba imponer, el Papa quería cambiar la concepción del trabajo. En efecto, sobre la idea del trabajo se fundamentaba todo el ideario comunista, puesto que sólo a través del trabajo se igualaría a la sociedad y se alcanzaría el progreso material. Si bien Juan Pablo II concedía la misma importancia que los soviéticos al trabajo, no coincidía con ellos en cual había de ser su verdadero propósito (Kraszewski, 2012). En la concepción marxista, el trabajo sólo tenía como propósito el avance económico de la sociedad, un fin claramente material que no coincidía en absoluto con la trascendencia que desde el cristianismo se otorga al mismo. En este sentido, Juan Pablo II recordó a los polacos que el trabajo “*debe ayudar al hombre a hacerse mejor, espiritualmente más maduro, más responsable*” (Juan Pablo II, 1979) como afirmó ante los obreros polacos en el santuario de Jasna Gora, situado en el sur de Polonia, el 6 de junio.

Al hilo de lo anterior, el trabajo no era un simple empleo en el que el hombre debía esforzarse para ayudar al avance y progreso económico de la sociedad. El trabajo era el ejercicio de la vocación a la que Dios había llamado a cada uno, y sólo a través de la oración los hombres descubrirían esa vocación (Kraszewski, 2012). Para el Papa era, pues, fundamental el hecho de que los hombres pudiesen elegir el trabajo a desempeñar, contando con un salario decente y con las condiciones de seguridad necesarias. Lo contrario implicaba la degradación del hombre y los obreros polacos debían oponerse a ello (Zagacki, 2001).

En continuación con lo anterior, el Papa tampoco estaba de acuerdo con la colectivización de la tierra y el no reconocimiento a la propiedad privada. Así, a pesar de los procesos de industrialización que se vivían en la época, no podía olvidarse que el hombre era algo más que un simple medio de producción, además de que no podía negarse a Cristo en ese proceso productivo; *“el desarrollo no ha implicado la descristianización”* (Juan Pablo II, 1979). A través de los sistemas de trabajo que se imponían desde los regímenes comunistas se dejaba atrás la dignidad del hombre y se le trataba como un factor productivo más. La intención del Papa no era otra que *“humanizar”* el trabajo, alentando a sus compatriotas a vivirlo siempre desde la oración.

Sin embargo, lo que verdaderamente anisaba el papa Juan Pablo II en su viaje a Polonia, por encima de todo, era devolver a la religión católica la importancia que siempre había tenido para la sociedad polaca. Polonia y el catolicismo habían sido uno hasta la llegada de los soviéticos tras las Segunda Guerra Mundial y la imposición de un régimen comunista en el gobierno. Desde entonces, si bien la religión no había llegado a desaparecer, y el pueblo polaco seguía en su interior conservando intacta su fe, sí que habían llegado a separar la religión del Estado, tal y como el régimen había impuesto. Con el regreso a su tierra, Juan Pablo II trajo consigo el orgullo de saberse católicos, el recordatorio de que Polonia y el catolicismo son una y, con ello, provocó que el pueblo polaco quisiera volver a mostrar su fe en público.

He aquí lo más importante de todo cuanto hizo o dijo en Papa en su visita de nueve días al país polaco y que tuvo como consecuencia más directa la creación de Solidaridad como un movimiento social católico. En efecto, a diferencia de otras rebeliones sociales en Hungría (1956) o Praga (1968), en el verano de 1980 la población polaca que se movilizó en demanda de sus derechos bajo el régimen

comunista portaba símbolos religiosos tales como la Cruz de Cristo o imágenes de la Virgen Negra de Częstochowa. Los polacos avanzaron por las calles en sus protestas mientras rezaban el rosario, lo que es un claro ejemplo de cómo habían influido las palabras de Juan Pablo II durante su visita apenas un año antes, cuando animó al pueblo polaco a mostrar su fe.

Durante su visita, Juan Pablo II aludió en incontables ocasiones a la fe. En su primer día, el 2 de junio en Varsovia, recordó que sólo en Cristo podía encontrarse la respuesta a la verdadera realidad de lo que es el hombre. El hombre sin Cristo no puede entender quién es, ni cual es su vocación, ni siquiera qué fin debe perseguir (Kraszewski, 2012). Del mismo modo, el Papa afirmó que hasta que no se antepusieran los valores cristianos en la vida diaria, no se lograría avanzar hacia un mundo mejor donde reinasen la justicia, el amor y la amistad (Zagacki, 2001).

Su ataque final al régimen comunista y a la sociedad ateísta que querían crear se produjo durante su discurso a los estudiantes en Cracovia, el 8 de junio. En éste, el Papa señaló que si bien desde el marxismo se decía que la religión no hacía sino distraer al hombre de la realidad en la que vivía, la verdad era que la vida sólo puede entenderse desde la práctica religiosa: *“No debe reducirse el hombre a la esfera de sus necesidades meramente materiales. No puede ni debe medirse el progreso sólo con categorías económicas. La dimensión espiritual del ser humano debe encontrar su lugar exacto.”* (Juan Pablo II, 1979) Sólo a través de la religión el hombre puede entender los problemas de la vida diaria y solo la fe permite concederles la importancia que verdaderamente tienen, no malgastando el tiempo en cosas banales. La libertad del hombre, según Juan Pablo II, dependía precisamente de tener la fe presente en su vida, de la práctica religiosa (Kraszewski, 2012).

Al hilo de lo anterior, es de sobra conocido el amor y admiración del Papa hacia los más jóvenes de la sociedad, puesto que era consciente de la importancia de que a ellos les llegase el mensaje de Cristo en tanto que el futuro era suyo y no de sus mayores. Asimismo, son los jóvenes los primeros en luchar por la justicia e indignarse por la corrupción de la sociedad. El Papa tenía esto muy presente cuando se dirigió a ellos para recordarles que únicamente lograrían ese cambio social si anteponian el orden moral y los valores espirituales a los fines materiales:

“No existirá un mundo mejor, y un orden mejor de la vida social, si antes no se da preferencia a los valores del espíritu humano. Recordad esto bien vosotros que justamente anheláis cambios que comporten una sociedad mejor y más justa; vosotros, jóvenes, que justamente contestáis toda clase de mal, de discriminación, de violencia, de torturas reservadas a los hombres.” (Juan Pablo II, 1979).

Prueba del efecto que su discurso tuvo entre los más jóvenes de la sociedad polaca fueron las palabras del estudiante Maciej Zieba, quien dijo *“Puede que tengamos que vivir y morir bajo el comunismo. Sin embargo, lo que ahora queremos hacer es vivir sin engañarnos”* (Kraszewski, 2012). Sin saberlo, los soviéticos habían perdido tras la visita del Papa toda oportunidad de crear una identidad comunista en Polonia.

En este mismo discurso, y ya dirigiéndose al pueblo polaco en su conjunto, el Papa les animó a llevar siempre consigo la historia de Polonia, que, si bien se había probado como una de las más difíciles del mundo, no por ello podían temer el peso que había sido depositado sobre sus hombros; *“No tengáis miedo a la fatiga, sino solamente a la ligereza y a la pusilanimidad”* (Juan Pablo II, 1979). Polonia podía esperar un futuro mejor, sí, *“pero sólo a condición de ser honrados, sobrios, creyentes, libres de espíritu, fuertes en las convicciones”* (Juan Pablo II, 1979). Los allí presentes escuchaban cómo uno de los suyos, un polaco que había sufrido como ellos las penurias de una vida bajo invasiones y gobiernos autoritarios, ahora elegido sucesor de San Pedro y líder de la Iglesia Católica, les animaba a luchar por un futuro mejor sin importar las penurias y con la fe como bandera (Kraszewski, 2012). Años más tarde, durante su visita en 1983, el Papa les alentó a no dejarse vencer por el mal, sino a vencer al mal a través del bien (Felak, 2014).

Las reacciones a la visita del Papa no se hicieron esperar, y periódicos de todo el mundo se hicieron eco de sus palabras, coincidiendo todos en el profundo impacto que habían causado sus discursos en el pueblo polaco. En este sentido, uno de los periódicos más leídos y conocidos, el New York Times, destacó que el efecto causado por Juan Pablo II había sido “abrumador”, así como que el Papa había demostrado ser una persona sumamente cercana, riendo, llorando e improvisando en muchos de sus discursos. Del mismo modo, desde el periódico destacaban con sorpresa cómo Juan Pablo II había desafiado abiertamente al régimen comunista, describiendo la fe cristiana y la ideología comunista como creencias opuestas y afirmando que el Estado debía subordinarse siempre a la soberanía de la nación y no al revés (Vinocur, 1979).

Desde la URSS la visita del Papa a la República Popular de Polonia fue seguida con preocupación. La expectación que causó entre los polacos, con millones de personas escuchando sus discursos, provocaron que desde el Kremlin se exigiesen informes diarios con una descripción detallada de todo cuanto acontecía, además de hacer serios reproches al que fuera Ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, Andrei Gromyko, por haber permitido el regreso del Papa a su tierra natal. Éste, en un intento por tranquilizar a los dirigentes soviéticos, especialmente a Brézhnev, señaló que *“Polonia fue y sigue siendo una parte inalienable de la comunidad socialista”* (Corley, 1994). Sus palabras no consiguieron calmar los ánimos en Moscú, que veían un cierto paralelismo entre los recibimientos de los pueblos iraní y polaco a Jomeini y al Papa, respectivamente. A partir de la visita, se comenzó a seguir de cerca la actividad de la Iglesia Católica en Polonia, siendo constante el envío de informes de Polonia a Moscú con todo tipo de detalles sobre la labor de ésta.

Las palabras del Papa al pueblo polaco provocaron que, tras su viaje, la sociedad se acordase de su fe católica en cada movilización y protesta que se llevó a cabo. Un ejemplo de esto fueron las palabras de agradecimiento a la Virgen María por su protección y ayuda en la lucha pronunciadas por Lech Wałęsa, líder de Solidaridad y devoto católico, tras concluir las negociaciones con el POUP el 5 de abril de 1989. Cuando Wałęsa fue elegido presidente del país, en diciembre de 1990, el Papa le felicitó señalando que Polonia había elegido al hombre que *“creyó en la esperanza contra la esperanza”* (Kraszewski, 2012). Prueba de que la admiración entre estos dos hombres era mutua, Wałęsa llegó a referirse al Papa como *“presidente de Polonia”*, al mismo tiempo que reconocía que sin *“su esfuerzo y oración, Solidaridad no existiría [...]”* (Kraszewski, 2012).

4.2. Papel de Juan Pablo II entre 1980 y 1989, caída del comunismo en Polonia.

Para Formicola, el fin principal que el Papa quería alcanzar como cabeza visible de la Iglesia Católica no era otro que *“la creación de un cambio moral en el mundo, capaz de transformar las estructuras sociales, políticas y económicas en el mundo en pro del bien común”* (Formicola, 2005). Partiendo de esta idea, resulta fácil

comprender que la labor del Papa para con su pueblo, Polonia, no quedase limitada a una visita en 1979.

En el apartado anterior hemos expuesto con detalle el primer viaje de Juan Pablo II a su país desde su elección como Papa, viaje que se prolongó durante un total de nueve días en los que lanzó un mensaje de esperanza, vuelta a la creencia religiosa y movilización pacífica en busca de una dignidad que desde Moscú se había socavado. Asimismo, hacíamos alusión a las palabras de agradecimiento del líder de Solidaridad, Lech Wałęsa, quien consideraba la visita del Papa clave fundamental en el éxito del movimiento social que tuvo lugar en agosto de 1980.

No obstante, sabemos por anteriores apartados que el camino del pueblo polaco hacia la libertad no fue, ni mucho menos, sencillo. Tan sólo un año después del éxito de Solidaridad, en diciembre de 1981 el régimen comunista que gobernaba Polonia declaraba la ley marcial e ilegalizaba todas las organizaciones constituidas al amparo del acuerdo de finales de agosto de 1980. Pues bien, en esos años que habría de esperar Polonia hasta la celebración de elecciones libres en 1989, Juan Pablo II mantuvo su cruzada particular contra el comunismo, mostrando su apoyo a los pueblos oprimidos y continuando con sus mensajes de esperanza por un futuro mejor. En esta línea se encuentran las reuniones diplomáticas que mantuvo con el presidente estadounidense Ronald Regan, tras la elección de este último en 1981.

Sin embargo, en mayo de 1981, cuando Polonia aún disfrutaba de los éxitos conseguidos el verano anterior con el reconocimiento de Solidaridad como primer sindicato libre, tuvo lugar un acontecimiento que obligaría al Papa a apartarse temporalmente de sus funciones: el 13 de mayo, día de la Virgen de Fátima, el turco Alí Agca aprovechó la audiencia general en la plaza del Vaticano para atentar contra la vida de Juan Pablo II. Agca fue detenido inmediatamente y, tras un juicio rápido, condenado a cadena perpetua. No obstante, pronto surgieron dudas sobre la posible implicación de la URSS en el atentado, a través del servicio secreto búlgaro, si bien la justicia italiana no pudo probar dicha conexión.

Estas sospechas no eran infundadas, en tanto que es de sobra conocido que desde Moscú se observaba con recelo al recién elegido Papa, más aún tras su viaje a Polonia dos años antes. En este sentido se pronunció Gierek, el ya mencionado Secretario General del POU, cuando afirmó que la elección del Papa supuso una gran

complicación para los comunistas de Polonia (Arquero Caballero, 2011). Yuri Andrópov, quien entonces dirigía la KGB, consciente de que Juan Pablo II podía suponer un problema para el comunismo no sólo en Polonia sino en toda Europa del Este, encargó un informe que disponía que la elección del Papa podría haber sido orquestada a través de una red germano-estadounidense que buscaba desestabilizar la situación en el continente europeo.

En la misma línea, en otro informe de noviembre de 1978 y elaborado por el Instituto de Economía soviético, se describía al nuevo Papa como un hombre conservador y, sobre todo, contrario a la ideología comunista (Corley, 1994). Incluso se encontró, años después de la caída de la URSS, un documento de fecha 13 de noviembre de 1979 en el que se proponían seis puntos para luchar contra el Vaticano (Arquero Caballero, 2011). Al hilo de lo anterior, se sabe que Brézhnev y el Papa mantuvieron una más que tensa relación, así como que el dirigente comunista fue de los primeros en advertir las consecuencias que podrían derivar de una visita de Juan Pablo II a su tierra natal, algo que hizo constar a Gierek, si bien éste rechazó toda idea de no permitirle la entrada al Papa a Polonia.

Como decíamos antes, el Papa no puso fin a su lucha contra el régimen comunista en Polonia. En diciembre de 1981 tuvo lugar la imposición de la ley marcial en el país, bajo la amenaza de invasión soviética ante la cada vez mayor apertura del país polaco y el poder que había ido consolidando Solidaridad desde el verano de 1980. El Papa, sin dejar de apoyar en ningún momento este movimiento, entabló una relación epistolar con el líder polaco que había sustituido a Gierek, Wojciech Jaruzelski, convirtiéndose la Iglesia en socio político clave para el establecimiento de las libertades del pueblo de Polonia (Arquero Caballero, 2011).

Asimismo, Juan Pablo II viajó de nuevo a su país en 1983, cuando aún había miembros de Solidaridad presos por sus ideas contrarias a la ideología comunista, y en 1987. El Papa contribuyó a crear un clima de diálogo tras los tensos sucesos políticos que habían tenido lugar en Polonia, en parte gracias a su relación con Jaruzelski, conduciendo todo ello a la vuelta a la legalidad de Solidaridad. De igual modo, contribuyó al éxito de esta última durante toda la década de los 80, apoyando este movimiento en sus discursos, si bien de forma indirecta, con expresiones tales como que “*no habría libertad sin solidaridad*” (Arquero Caballero, 2011).

En continuación con lo anterior, durante su segunda visita a Polonia, en el año 1983, y frente a la Virgen de Jasna Gora, Juan Pablo II se dirigió a sus compatriotas con unas emotivas palabras, recordándoles que él mismo era “*hijo de esta nación*” y que se sentía “*profundamente orgulloso*” del pueblo polaco, por sus aspiraciones a vivir “*en la verdad, la libertad, la justicia y la solidaridad*”, por su deseo de “*vivir su propia vida*” (Flatley, 2007). Por medio de estas palabras el Papa no hacía sino reforzar su apoyo a Solidaridad y al conjunto del pueblo polaco, que continuaba firme su camino hacia la libertad.

Un hecho especialmente llamativo de las visitas del Papa a Polonia en 1979 y en 1983 fue su más que constante alusión a los santos y mártires más conocidos de la nación polaca. Sus viajes a la que era su tierra natal habían sido cuidadosamente preparados, como ya decíamos antes, sin dejarse al azar ningún detalle. Juan Pablo II era consciente de los lugares desde los que se dirigía a sus compatriotas, todos llenos de gran carga simbólica, así como de las palabras que escogía para sus discursos. Así, hizo alusión a numerosos santos y mártires que, además de convertirse en el ejemplo a seguir por los polacos en los difíciles momentos que vivían, eran motivo de orgullo nacional puesto que todos habían contribuido de alguna forma a la historia de Polonia.

Al hilo de lo anterior, entre los santos a los que hizo alusión el Papa estaba San Estanislao de Cracovia, quien había muerto por su defensa del orden moral, orden que debía ser respetado no sólo por el pueblo, sino también por los gobernantes. En alusión a este santo, Juan Pablo II recordó al pueblo polaco lo que en su día predicó San Estanislao: la ley moral, que es la ley de Dios, obliga a todos, al pueblo y a sus gobernantes (Felak, 2014). Por otra parte, también hizo referencia el Papa a San Maximiliano Kolbe, quien había sido canonizado apenas un año antes de su segunda visita, en 1982. San Maximiliano había muerto en el campo de concentración de Auschwitz tras pedir voluntariamente sustituir a un padre de familia polaco que había sido escogido para ser fusilado. Ante el pueblo polaco, Juan Pablo II recordó que no había amor más grande que el sacrificio por los demás, afirmando que sólo el poder de la fe podía conducir a este acto tan grandioso. Continuó su discurso con palabras de ánimo para los polacos: si San Maximiliano había llevado la luz de Cristo al campo de concentración de Auschwitz, en uno de los episodios más oscuros de la historia

de la humanidad, no había duda de que la luz de Cristo brillaría en la Polonia comunista (Felak, 2014).

Con la llegada de Gorbachov al frente de la URSS, la relación entre ésta y la Santa Sede se aproximó en gran medida. En este sentido, Juan Pablo II entabló una relación más cercana con Gorbachov que con sus antecesores, en parte debido a que el nuevo líder soviético tenía en mente una serie de reformas y perspectivas de mejora para la URSS que no pasaban por el uso de la fuerza y la dominación de los países extranjeros. Prueba de esta buena relación, Juan Pablo II dio su apoyo a la perestroika, política económica de Gorbachov, y éste, a su vez, permitió la celebración del Milenario cristiano de Rusia en el año 1988. A fin de analizar con mayor profundidad la figura del dirigente soviético, y ante la importancia que tuvo éste en la caída de la URSS en 1991, analizaremos en el siguiente apartado brevemente su mandato y su relación con Juan Pablo II.

5. Gorbachov y Reagan, las otras dos figuras que influyeron en el fin de la Unión Soviética.

5.1. Mijaíl Gorbachov

5.1.1. Gorbachov como presidente de la Unión Soviética

Mijaíl Gorbachov nació en marzo de 1931 en la Rusia Soviética, en el seno de una familia de campesinos. Desde joven se convirtió en firme defensor de la ideología comunista, siendo nombrado miembro del Partido Comunista de la URSS con tan sólo 21 años, tras haber trabajado durante varios años con su padre en el campo. No obstante, Gorbachov era ambicioso y pronto cambió su vida en el campo por la carrera de Derecho en la Universidad Estatal de Moscú, donde además estudió en profundidad la ideología marxista, convirtiéndose en un verdadero comunista ortodoxo. Su imparable ascenso dentro del Partido Comunista le llevaron a convertirse en el secretario del Comité Central más joven de la historia y, finalmente, en el Secretario General del partido en el año 1985.

Ahora bien, a pesar de su ascenso dentro del Partido Comunista, Gorbachov no era visto con buenos ojos por gran parte de los miembros del partido. Al contrario que la vieja guardia de Stalin, véanse Brézhnev, Andrópov y Chernenko, Gorbachov era uno de los pocos comunistas que de verdad había leído y estudiado a Lenin y a Marx, y estaba en contra de la violencia que había protagonizado la etapa de Stalin como líder de la Unión. Él se decía defensor de un socialismo distinto del impuesto por Stalin, el “*socialismo democrático*” o “*socialismo con rostro humano*” (Dudda, 2019).

Gorbachov era consciente de que la reforma de la economía era algo necesario, en tanto que los programas de colectivización en el campo, los gastos derivados de la Guerra Fría, el mantenimiento del ejército y las inversiones en la carrera espacial contra Estados Unidos estaban conduciendo a la URSS a una situación económica insostenible (Taubman, 2018). El accidente en la planta nuclear de Chernóbil, del que se enteró por la prensa sueca, le permitieron constatar que la URSS se asentaba sobre un sistema económico poco eficiente y mal gestionado. Hasta ahora, toda la economía de la URSS se dirigía desde Moscú, a través de un sistema de economía planificada, que había tenido como consecuencia que Rusia tuviera que apoyar financieramente a todos los estados que se encontraban bajo su dominio. Era evidente que se trataba de un sistema al borde del colapso, con escasos ingresos y un gran número de gastos.

Gorbachov puso en marcha un sistema de políticas reformistas tanto en el campo económico como en el político. En este sentido, tuvieron lugar las conocidas como “*perestroika*” y “*glasnost*”, que pretendían la reestructuración de la economía y política soviética, respectivamente, a fin de liberalizar ambos campos. Gorbachov tenía como principal objetivo democratizar la URSS y para ello se negó a recurrir a la violencia. Al igual que Krushev en su momento, Gorbachov quiso desligarse del historial de crímenes que se atribuían al régimen soviético, distanciándose de las políticas stalinistas. Más aún, su actitud conciliadora le llevó a entablar relaciones con los presidentes Margaret Thatcher y Ronald Regan, llegando incluso a proponer a este último un tratado para la reducción de armas nucleares. Sus propuestas de desmantelamiento de las bases soviéticas fueron tan sorprendentes, y a la vez tan diferentes de la política que caracterizaba a la URSS, que finalmente el tratado no se firmó por la falta de confianza de los estadounidenses, quienes incrédulos, sospechaban de un cambio tan repentino en el liderazgo soviético (Taubman, 2018).

Sin embargo, esta apertura del sistema tuvo la misma consecuencia que el reconocimiento por parte de Kruschev de los crímenes perpetrados en la época de Stalin. En efecto, si entonces se propagaron movimientos nacionalistas en las repúblicas socialistas ligadas a la URSS, en esta ocasión los populismos y nacionalismos se propagaron con rapidez por todos los territorios de Europa del Este que vivían bajo la influencia soviética. Estos movimientos sorprendieron a Gorbachov, quien de verdad creía que, una vez reformada la URSS, el resto de las repúblicas socialistas la seguirían voluntariamente (Taubman, 2018). Si bien desde el frente ortodoxo del Partido Comunista se abogó por enviar de nuevo a los tanques, como ya hicieran años atrás en Hungría o Checoslovaquia, Gorbachov se mantuvo firme en su negativa del uso de la violencia contra la población.

En vista de la situación y del clima de tensión social y política que se vivió, el líder de la URSS permitió a estas repúblicas salir del área de influencia soviética. Este hecho, por una parte, beneficiaba a la URSS en tanto que ya no tendría que sostener sus economías, pero, por otra parte, dejaba entrever una apertura en el sistema soviético por primera vez en años, que debía ser aprovechado por todos aquellos que vivían bajo su influencia (Dudda, 2019). Así, si ya había sorprendido la decisión de Gorbachov de dejar marchar a estos territorios, aún sorprendió más su aceptación de la reunificación de Alemania y la posterior entrada de ésta en la OTAN, sin ninguna respuesta violenta por su parte. Las críticas contra su persona, siendo considerado por muchos como un verdadero traidor a la Unión, alcanzaron su punto álgido en agosto de 1991, cuando el presidente de la Federación de Rusia, Boris Yeltsin, lideró un golpe de Estado contra Gorbachov que acabó derivando en la dimisión de éste. En diciembre de ese mismo año se disolvía oficialmente la URSS.

En continuación con lo anterior, Gorbachov, a través de su intento por democratizar la URSS no hizo sino apresurarla hacia un fin, que, por otra parte, ya comenzaba a vislumbrarse. No supo, o no quiso ver, que la apertura del régimen traería como consecuencia el surgimiento de los nacionalismos en las regiones dominadas de Europa del Este, que durante años habían vivido bajo la sombra del comunismo y que ahora no querían conformarse con más autonomía, sino con su libertad total. Para el mundo, Gorbachov se convirtió en un auténtico héroe, en tanto que contribuyó de forma significativa al fin de la Guerra Fría evitando un más que temido

derramamiento de sangre; para Rusia, Gorbachov se convirtió en una suerte de traidor a la patria, que con sus reformas liberales sólo logró el fin de la URSS (Brown, 1996).

5.1.2. La relación entre Gorbachov y Juan Pablo II

La labor democratizadora y el rechazo a la violencia por parte de Gorbachov le valieron el Premio Nobel de la Paz en el año 1990. Apenas un año antes, en diciembre de 1989, había mantenido un encuentro con el Papa Juan Pablo II en la Santa Sede, de quien señaló que su amistad continuaría y que todo lo ocurrido habría sido imposible de no ser por él (Dudda, 2019). Prueba de la buena sintonía entre ambos fue el reconocimiento por parte del Papa de la perestroika, la política económica impulsada por Gorbachov, quien a su vez reconoció el derecho a la libertad religiosa en el marco de sus políticas liberalizadoras. La celebración del Milenario cristiano en Rusia, en 1988, hubiera sido algo impensable apenas unos años antes.

Precisamente en el encuentro que mantuvieron en diciembre de 1989 el Papa agradeció a Gorbachov que por fin se fuera a dar un cambio en la legislación interna de la URSS con *“el fin de adaptarla plenamente a los solemnes compromisos internacionales”* (Juan Pablo II, 1989). En su discurso, Juan Pablo II recordó la importancia de los derechos humanos y su reconocimiento, así como del respeto hacia Dios y hacia el resto de los hombres, aludiendo a la necesidad que tienen los estados de respetar estos principios para avanzar hacia la paz.

La visita de Gorbachov a la Santa Sede fue todo un acontecimiento puesto que, por primera vez en la historia de la URSS, un líder soviético pedía al Papa una audiencia. En este sentido, Gorbachov tenía gran interés no sólo en conocer personalmente a Juan Pablo II sino también en establecer buenas relaciones con la Santa Sede, representante en la tierra de una religión con millones de fieles repartidos por el mundo. El encuentro fue tan exitoso que esas buenas relaciones finalmente derivaron en el establecimiento de una relación diplomática permanente, si bien es cierto que la población rusa es, en su inmensa mayoría, ortodoxa. Por otra parte, no sólo Gorbachov tenía interés en ese encuentro con el Papa, también Juan Pablo II quería aprovechar su audiencia para interceder por los católicos que vivían bajo el dominio soviético (Arias, 1989). Este era el caso de los católicos de Ucrania, que habían sido

perseguidos y torturados, viéndose obligados a vivir su fe en la clandestinidad hasta el restablecimiento de la Iglesia greco-católica por parte de la URSS de Gorbachov

Al hilo de lo anterior, y prueba de la relevancia de la visita de Gorbachov a la Santa Sede, el que fuera portavoz del Papa, el español Joaquín Navarro Valls, confesó años más tarde que ése había sido, sin duda, uno de los encuentros que más habían gustado a Juan Pablo II. Valls afirmó que el Papa había dicho de Gorbachov que era *“un hombre de principios [...] una persona que cree tanto en sus valores que está dispuesta a aceptar todas las consecuencias que deriven”*, así como *“que sus ideas no son comunistas. Pero es un misterio de donde las ha sacado”* (Lara, 2009). Gorbachov tampoco se quedó a atrás en halagos al Papa, siendo partidario de su canonización ya años después de su muerte, y afirmando que *“sin Juan Pablo II no se entiende lo que sucedió en Europa a finales de los años 80”* así como que fue *“la más alta autoridad moral sobre la tierra”* (Gómez, 2011).

En conclusión, no se puede negar que la figura de Mijaíl Gorbachov fue clave en el fin de la Guerra Fría y la disolución pacífica de la URSS. Si bien el objetivo de Gorbachov no era ni mucho menos este último, puesto que no se puede olvidar que era un verdadero entusiasta de la ideología comunista de Lenin y Marx, lo que sí pretendía Gorbachov era poner fin al desgaste económico soviético, así como a décadas de represiones violentas por parte del régimen soviético. Como ya hemos dicho, su intento democratizador fue alabado en Occidente; no en vano, bajo el liderazgo de Gorbachov se habían convocado elecciones, puesto en marcha un proceso de desmilitarización, legalizado sindicatos, reconocido la libertad religiosa y rechazado la violencia, entre otras cosas. No obstante, estas reformas, así como su relación y actitud dialogante con líderes como Reagan, Thatcher o el Papa Juan Pablo II, abiertamente contrarios a la ideología comunista, sembraron la oposición de su pueblo y encumbraron a Yeltsin al poder, un individuo que se decía verdadero ruso, haciendo alusión a la consideración de traidor que el pueblo ruso tenía de Gorbachov.

5.2. Ronald Reagan

Si antes analizábamos la figura de Gorbachov por su especial relevancia en la caída del comunismo en Europa, no se puede dejar de lado otra figura que jugó un papel

destacado en el fin de la Guerra Fría: el presidente estadounidense Ronald Reagan. Perteneciente al partido republicano, despertó críticas por parte de aquellos que le tildaban de muy conservador y consideraban su política contra el bloque soviético como demasiado agresiva, algo que sin duda se puede afirmar si se tiene en cuenta la línea que habían seguido sus antecesores en el cargo. Cristiano, y muy creyente, admiraba a Juan Pablo II, con quien además compartía su determinación por poner fin al comunismo en Europa. A continuación, analizaremos la figura de este presidente, así como las políticas que llevó a cabo relativas a la Guerra Fría y su amistad con el Papa.

5.2.1. Ronald Reagan y el comunismo

Nacido en el estado de Illinois en febrero de 1911, Reagan se educó desde pequeño en los valores de la religión cristiana, gracias a su padre, un irlandés católico, y su madre, protestante. Tras su paso por el colegio, Reagan se mostró interesado en la radio y la industria del cine, mudándose con el tiempo (1937) a la ciudad de Los Ángeles para probar suerte como actor en Hollywood. Es en esta ciudad, a la cual llegó como demócrata convencido, donde Reagan se terminaría interesando por el mundo de la política.

Si bien en un primer momento Reagan se consideraba demócrata y como tal apoyó las políticas sociales impulsadas por el presidente Truman, pronto se afilió al partido republicano y rechazó toda idea de injerencia del gobierno en la vida de los ciudadanos, convirtiéndose en firme defensor del sector privado y la libertad empresarial. Esta confianza en el capitalismo como mejor sistema sobre el que estructurar un país, así como la creencia de que Estados Unidos era un país excepcional cuyo deber era guiar a la libertad a todas las naciones (Nash, 2018), marcaron su políticas contra la URSS durante los que habrían de ser los últimos años de la Guerra Fría.

Al hilo de lo anterior, ya en el año 1964, todavía lejos de su futuro como presidente, Reagan pronunciaría uno de sus discursos más famosos, “*A Time for Choosing*”, discurso que le daría notoriedad no sólo en Estados Unidos, donde ya era una figura muy destacada, sino también en el extranjero. Por medio del citado discurso, Reagan

criticó la política que se había estado llevando a cabo hasta la fecha en relación con la Guerra Fría y la URSS, señalando que la postura de Estados Unidos debía ser firme y elegir entre la guerra o la paz, no, como hasta ahora, entre la lucha y la rendición.

En este sentido, Reagan afirmó que, si bien no había una respuesta fácil para resolver un tema verdaderamente complejo, sí que había una respuesta simple: había que tener el coraje para hacer lo que moralmente era correcto. Reagan dirigió entonces unas duras palabras a sus compatriotas, afirmando que la sociedad estadounidense estaba dispuesta a cometer la mayor de las inmoralidades posibles, que no era otra que dejar a sus semejantes bajo el Telón de Acero a cambio de garantizar su seguridad (Kengor, 2007). Quien fuera su consejero desde su época como Gobernador de California, y que posteriormente sería Procurador General de Estados Unidos, Edwin Meese III, afirmó en una entrevista concedida años más tarde que la descripción de la política que Reagan quería establecer con el bloque soviético era clara, “*nosotros ganamos y ellos pierden*”.

En marzo de 1983, ya como presidente de Estados Unidos, tuvo lugar el que, sin duda, fue el discurso más destacado de Ronald Reagan, conocido bajo el nombre de “*The Evil Empire Speech*”. En este discurso, Reagan criticó duramente la visión del mundo que ofrecía el comunismo, enfatizando que para los soviéticos la moral estaba al servicio de la lucha de clases, rechazando cualquier idea de Dios. Así, llegó a considerar la URSS como un lugar diabólico donde sus habitantes vivían en la oscuridad más absoluta, defendiendo la supremacía del estado sobre el individuo. Con sus palabras, el que fuera el cuadragésimo presidente de Estados Unidos, hizo patente que, en su lucha contra la URSS, la religión ocupaba un lugar destacado.

Prueba de la importancia que Reagan otorgaba a la moral y a la religión fueron sus palabras, ya al final de su discurso, cuando prometió que el pueblo americano “*nunca renunciaría a sus principios [...] ni a su libertad [...] ni a su fe en Dios*” (Reagan, 1983). Años más tarde, ya como Secretario General de la URSS, Gorbachov rebatió las duras palabras pronunciadas por Reagan, señalando que el solo hecho de pensar que la URSS era un Imperio diabólico, y que la Revolución de Octubre había sido un error de la historia, se desmoronaba desde la base misma (Kengor, 2007).

Reagan nunca quiso, por otra parte, acabar con la URSS a través de una victoria dramática, no era partidario del uso de la violencia para poner fin al conflicto. Por el

contrario, consciente de que la URSS era cada vez más débil en el plano económico, buscaba presionarla y competir de nuevo contra ella, a sabiendas de que la economía de Estados Unidos era mucho más potente. Era una carrera a largo plazo a través de la cual esperaba la caída de la URSS por su propio peso. Asimismo, Reagan creía firmemente que uno de los puntos débiles de la URSS, además de su economía, era el hecho de ser un régimen autoritario. En este sentido, el presidente estadounidense estaba convencido de que ningún gobierno autoritario permanece para siempre, en tanto que la población sometida a los mismos termina siempre reclamando su libertad. Más aún en este caso, donde la URSS había sometido a pueblos de Europa del Este que durante cientos de años habían conocido lo que era ser libres e independientes. Así, Reagan enfocó su estrategia para terminar con la Guerra Fría y el bloque soviético en el campo económico y en el plano moral.

A fin de resumir brevemente su mandato, Reagan se encontró tres problemas cuando llegó a la presidencia de Estados Unidos: un dilema de seguridad nacional provocado por la Guerra Fría contra los soviéticos, una profunda crisis económica y un ejército que se debilitaba tanto física como moralmente tras la Guerra de Vietnam (HooverInstitution, 2018). A lo largo de su presidencia, logró robustecer la economía y competir de nuevo contra la URSS en la carrera militar, consciente de las debilidades de la propia URSS para aquel entonces. En cuanto a la seguridad nacional, el 23 de marzo de 1983 anunció el lanzamiento de un nuevo programa de defensa (*Strategic Defense Initiative*) que consistía en el desarrollo de una especie de escudos antimisiles que habrían de proteger el país de los posibles ataques por parte de los soviéticos. Esta era la prueba de que la estrategia que seguía Reagan con el bloque comunista no se basaba en la violencia, puesto que era consciente de que un conflicto armado sólo conduciría a la destrucción de numerosos países. Por el contrario, Reagan buscaba fortalecer las barreras defensivas del país, a la vez que derrotarles en el plano moral y en el económico.

En cuanto a la relación con Gorbachov, es justo decir que fue un trato cordial, en tanto que Reagan consideraba que el líder soviético era consciente de los problemas que atravesaba la URSS y de que no podría enfrentarse a la gran potencia que volvía a ser Estados Unidos. Ambos rechazaban el uso de la violencia, lo cual también sumaba puntos a favor de una relación menos tensa que las mantenidas por los antecesores de ambos en sus cargos. Así, se reunieron cinco veces y mantuvieron un

constante diálogo entre sus gabinetes, propiciando, entre otras cosas, la firma del Tratado INF (siglas correspondientes al inglés: *Intermediate-Range Nuclear Forces*), tratado por el cual eliminaron un tipo de misiles que se servían de armas nucleares para ser lanzados, reduciéndose de esta forma la amenaza de una guerra nuclear entre los bloques (Ronald Reagan Presidential Foundation & Institute, 2019). Prueba de la buena relación que mantuvieron fue la presencia de Gorbachov en el funeral de Reagan, en Washington en el año 2004.

5.2.2. Ronald Reagan y su relación con Juan Pablo II

Han sido muchos los que se han preguntado sobre la relación que mantuvieron Juan Pablo II y Ronald Reagan; no en vano, ambos hicieron de la lucha contra el comunismo uno de sus principales objetivos. Preguntado sobre este aspecto, Meese calificó la misma como una relación que mantienen dos personas que luchan por un mismo fin. Ambos habían experimentado el comunismo, si bien en situaciones completamente distintas (el Papa había vivido bajo el gobierno comunista en Polonia, con lo que esto implicaba, mientras que Reagan había luchado desde su puesto como presidente del sindicato de actores para evitar que el Partido Comunista se sirviera de la industria cinematográfica como medio de propaganda), y ambos sentían que tenían un deber para con Dios, que no era otro que luchar por un mundo libre de la influencia soviética (Flatley, 2007).

Al hilo de lo anterior, ambos coincidían en el hecho de que el comunismo amenazaba la estabilidad de la política internacional, así como la paz mundial, de ahí que se estableciese un diálogo constante entre la Santa Sede y el Gobierno estadounidense. En este sentido, desde el gabinete de Reagan sabían de la importancia que tenía el papel del Papa en la lucha contra el comunismo, puesto que, además de ser la cabeza visible de la Iglesia Católica, con millones de seguidores repartidos por el mundo, Juan Pablo II había demostrado durante su visita a Polonia en el año 1979 la enorme influencia que tenía en la que era su tierra natal. Para Estados Unidos, la nación polaca tenía un gran valor, en tanto que veían como podía convertirse en el principio del fin de la URSS. Así, Polonia era un símbolo de esperanza en la Europa dominada por el comunismo y Juan Pablo II era la figura clave para lograr este propósito (Flatley, 2007).

La primera visita de Reagan a la Santa Sede tuvo lugar en junio de 1982, un año después de los atentados que tuvieron lugar contra la vida de ambos, con apenas seis semanas de diferencia. Poco se sabe de lo que se dijeron en esa primera reunión, igual que en las cinco que la sucedieron; hay quienes dicen que Reagan comenzó señalándole al Papa que las fuerzas del mal se habían interpuesto en su camino, en referencia a los atentados del año anterior, pero que la Providencia había intervenido en su favor (Mattingly, 2018). Si bien no fue una alianza como tal, ambos estuvieron en estrecho contacto, compartiendo un mismo objetivo mediante caminos distintos. En este sentido, la Santa Sede apoyó al pueblo polaco a través del envío de ayuda humanitaria y, según altos cargos de Solidaridad, también estuvo detrás de muchas de sus campañas políticas, ayudando a la difusión de la causa siempre desde el rechazo al uso de la violencia (Flatley, 2007).

La figura de Reagan generó, y continúa generando, a la par rechazo y alabanzas. En efecto, historiadores como C. Vann Woodward, quien dijo que Reagan era un gran irresponsable, o Morley Safer, quien afirmó que la historia no tenía ningún motivo para ser amable con él, se mostraron abiertamente en contra de las políticas que había llevado a cabo (Kengor, 2007). Otros, por el contrario, consideran que las palabras que una vez dijo el historiador Michael Beschloss sobre Roosevelt (*“Los hombres deberán agradecer a Dios, de rodillas durante cientos de años, que Roosevelt haya sido presidente para luchar contra Hitler y Tojo”* (Kengor, 2007)), debían ser aplicadas también a Reagan. Si bien es cierto que llevó a cabo una política más agresiva que la de sus antecesores en el cargo, también lo es que cuando comenzó su mandato en el mundo había solo 56 democracias en el mundo y un año después de que dejase el cargo, en 1990, esa cifra había ascendido a 76. Países como Argentina, Brasil, Bolivia, Guatemala, El Salvador, Honduras y Filipinas son sólo un ejemplo de estados donde se celebraron por primera vez elecciones democráticas (Ronald Reagan Presidential Foundation & Institute, 2019).

Finalmente, son muchos los que afirman que, sin Reagan, la URSS habría caído igualmente. Meese, por el contrario, considera que, sin Reagan, es probable que la URSS hubiera terminado cayendo, quizás tres o cuatro décadas más tarde, quizás de forma violenta o, simplemente, quizás nunca hubiera caído.

6. Conclusión

Comenzábamos el trabajo planteando una serie de hipótesis que habrían de ser confirmadas mediante el análisis de los hechos que acontecieron en la segunda mitad del siglo XX. La primera de estas hipótesis y pieza central del trabajo era la de demostrar la influencia que la religión católica, de la mano de Juan Pablo II, tuvo en el fin de la Guerra Fría. Si bien fueron muchos los que a lo largo de la historia menospreciaron la importancia de la religión, véase el ya citado Thomas Luckmann, lo cierto es que el ejemplo del pueblo polaco muestra cuán equivocados estaban todos lo que opinaban en este sentido. En efecto, Polonia siempre mantuvo su identidad católica y ésta no hizo sino hacerse visible en la esfera pública a raíz de la visita de Juan Pablo II en el año 1979 a la que era su tierra natal.

Con anterioridad al Papa, ya destacamos la figura del que fuera Primado de Polonia, Stefan Wyszyński, quien promovió la celebración de la Gran Novena del Milenio, en conmemoración de los 1.000 años de presencia de la Iglesia Católica en Polonia. Entre los actos que se llevaron a cabo destacó la peregrinación de una imagen de la Virgen Negra de Częstochowa por los distintos pueblos y regiones de Polonia, ante la cual los polacos lloraron y suplicaron, haciendo gala de la fe que tenían depositada en ella.

Wyszyński mantuvo vivo el catolicismo en Polonia durante buena parte de la ocupación soviética, mostrándose contrario al ideario marxista, que hacía primar lo material sobre lo espiritual, y alentando a la resistencia pacífica contra los soviéticos. Juan Pablo II tomaría el relevo de Wyszyński, enfatizando aún más las diferencias que hacían incompatibles la ideología comunista y la religión cristiana. Prueba de la labor de estos dos hombres, así como la devoción del pueblo polaco, fue la creación de Solidaridad en 1980, un movimiento claramente católico que pedía un cambio moral en el país.

En su primera visita a Polonia como Papa, Juan Pablo II alentó a sus compatriotas a enfrentarse al comunismo de manera pacífica a través de sus creencias religiosas. Un ejemplo de esto fue su concepto del trabajo que, si bien era importante, como se defendía desde el régimen, solo era verdaderamente útil si iba acorde a la dignidad que el hombre tiene como ser creado a imagen y semejanza de Dios y se acompañaba de la oración. El pueblo polaco, que había vivido años de penurias, primero bajo el

dominio de la Alemania nazi y después bajo la influencia de la Rusia soviética, encontró de nuevo su dignidad y orgullo.

La URSS fracasó estrepitosamente en Polonia, y Juan Pablo II no hizo sino mostrar cuan equivocados estaban los soviéticos con la que era su tierra. En efecto, la importancia de sus discursos durante aquellos nueve días radica en la exaltación de las características que hacían de Polonia una nación única, así como en la importancia de la religión cristiana para la vida de los hombres, puesto que sólo a través de ésta se lograría la libertad.

La primera sub-hipótesis que nos planteábamos al comienzo del trabajo era la influencia que determinadas personas, en un contexto religioso, pueden tener a través de los discursos en momentos de dificultades. Sin duda, la citada visita del Papa a Polonia en el año 1979 es un ejemplo de cómo la palabra puede convertirse en la mejor de las herramientas para alcanzar un fin.

Asimismo, y como segunda sub-hipótesis, en este trabajo se demuestra cómo el no recurso a la violencia se prueba efectivo en la lucha por la democracia. En este sentido, Polonia demuestra cómo se puede acabar con un régimen autoritario a través de manifestaciones y movimientos pacíficos. A diferencia de otros movimientos que habían tenido lugar con anterioridad en Polonia, pero, sobre todo, en estados como Hungría o Checoslovaquia, donde el derramamiento de sangre fue una constante, Solidaridad nace como la demanda pacífica de un pueblo unido frente al régimen autoritario que le gobierna, convirtiéndose en el único movimiento exitoso de todos cuantos habían tenido lugar. La sociedad polaca se unió en torno al mismo y, bajo el amparo de la Virgen y la Cruz, se manifestó en las calles y conformó un complejo entramado de asociaciones y organizaciones contrarias a la ideología soviética.

En contra de la violencia también se posicionaron las tres figuras que influyeron en la caída del comunismo: Juan Pablo II, Ronald Reagan y Mijaíl Gorbachov. Los dos últimos eran conscientes de que una respuesta violenta frente al bloque antagónico no traería sino consecuencias negativas para la situación política internacional. Prueba de ello son los tratados antimisiles que firmaron, la estrategia de Reagan para construir escudos que les protegieran de las armas nucleares en lugar de optar por estrategias ofensivas o el continuo rechazo de Gorbachov al uso de la fuerza contra las repúblicas

que optaron por alejarse de la influencia soviética. Es evidente que, sin ambos líderes, los acontecimientos se habrían desarrollado de otra forma.

Finalmente, y por encima de los dos presidentes anteriormente mencionados, destaca sin duda la figura de Juan Pablo II, clave para el fin pacífico del comunismo en Europa del Este. Cabeza visible de una Iglesia con millones de seguidores en el mundo, el Papa insistió en la necesidad de buscar a Cristo en la vida diaria, mostrando como comunismo y cristianismo son del todo punto incompatibles. Mantuvo buenas relaciones con Gorbachov y Reagan, consciente de la importancia que tenía que estos dos hombres mantuvieran su firme compromiso con la paz a fin de superar la Guerra Fría, y alentó al pueblo polaco a permanecer fiel a sus raíces católicas para luchar contra las imposiciones soviéticas. Su despedida de Polonia, en el fin de su primera visita en el año 1979, reflejó el verdadero motivo de su viaje:

“Este acontecimiento sin precedentes (la visita del Papa a Polonia) es indudablemente un acto de valentía, por ambas partes. Sin embargo, en nuestro tiempo, es necesario un acto tal de valentía. Es necesario tener la valentía de caminar en la dirección en la que nadie ha caminado hasta ahora, del mismo modo que, en un tiempo, fue necesario a Simón tener la valentía de dirigirse desde el lago de Genesaret de Galilea hacía Roma, desconocida para él.

Nuestro tiempo tiene necesidad de un testimonio, que exprese abiertamente la voluntad de acercar entre sí las naciones y regímenes, como condición indispensable para la paz en el mundo. Nuestro tiempo exige de nosotros no cerrarnos en las rígidas fronteras de los sistemas, sino buscar todo lo que es necesario para el bien del hombre, que debe encontrar por todas partes la conciencia y la certeza de su auténtica ciudadanía. Hubiera querido decir: en cualquier sistema de relaciones y de fuerzas.” (Juan Pablo II, 1979)

Nunca sabremos como se habrían desarrollado los acontecimientos sin las figuras de Gorbachov o Reagan, pero sin duda sí podemos afirmar con certeza que, de no ser por la primera visita de Juan Pablo II a Polonia, el pueblo polaco no habría encontrado el camino hacia su libertad arrastrando tras de sí al resto de países del telón de acero. Con anterioridad ya lo habían intentado, otros pueblos lo habían intentado, pero no fue hasta que escucharon las palabras del que fuera el primer Papa polaco de la historia cuando comprendieron que ese camino de valentía debían hacerlo desde su fe

cristiana, fe que se encontraba dormida y que constituía el corazón mismo de la nación polaca.

7. Bibliografía

- Aguilar, J. L. (2016). Resistencia civil no violenta: la lucha contra el socialismo real en Polonia. *Polis*, vol. 15 n°43
- Arias, J. (1989). El Vaticano prepara la histórica visita de Mijaíl Gorbachov a Juan Pablo II. *El País*.
- Arquero Caballero, G. F. (2011). La repercusión del Pontificado de Juan Pablo II en la Transición política en Europa del Este (1978-1989). *Ab Initio* , 191-219.
- Brown, A. (1996). *The Gorbachev Factor*. Oxford University Press.
- Corley, F. (1994). Soviet Reaction to the Election of Pope John Paul II. *Religion, State and Society*, vol. 22, No. 1.
- Daniels, R. V. (2007). *Gorbachev's Opportunity*. Yale University Press.
- Daniels, R. V. (2007). *Gorbachev and the Reversal of History*. Yale University Press.
- Daniels, R. V. (2007). *The Generational Revolution*. Yale University Press.
- Daniels, R.V. (2007). *Reform and the Intelligentsia*. Yale University Press.
- Daniels, R. V. (2007). *The Revolutionary Process and the Moderate Revolutionary Revival*. Yale University Press.
- Daniels, R. V. (2007). *The Soviet Federalism and the Breakup of the USSR*. Yale University Press.
- Deudney, D., & Ikenberry, G. J. (2017). Realism, Liberalism and the Iraq War. *Survival* (00396338), 59(4), 7–26. <https://doi.org/10.1080/00396338.2017.1349757>
- Dobson, A. (2016). Ronald Reagan's Strategies and Policies: Of Ideology, Pragmatism, Loyalties, and Management Style. *Diplomacy & Statecraft - Routledge Taylor & Francis Group*, 746-765.
- Dudda, R. (2019). El político frente a la historia. *Estudios de política exterior*.
- Ekiert, G. (1997). Rebellious Poles: Political Crises and Popular Protest Under State Socialism, 1945-89. *SAGE - American Council of Learned Societies*, 299-238.
- Felak, J. R. (2014). Pope John Paul II, the Saints, and Communist Poland: The Papal Pilgrimages of 1979 and 1983. *Catholic Historical Review*, 555-574.

- Finnemore, M., Sikkink, K. (2001). The Constructivist Research Program in International Relations and Comparative Politics. *Annual Reviews*.
- Flatley, T. P. (2007). The Convenient Alliance: President Reagan and Pope John Paul II, Cold Warriors. *Senior Honors Projects*. Paper 48.
- Formicola, J. R. (2005). The Political Legacy of Pope John Paul II. *Journal of Church and State*, 235-242.
- Golebiowski, J. (1999). El régimen comunista de Polonia después de la Segunda Guerra Mundial. *Brocar*, 217-228
- Gómez Fuentes, A. (2011). Juan Pablo II, místico y pastor antes que político. *ABC*.
- Guzzini, S. (2004). The Cold War is what we make of it. When peace research meets constructivism in International Relations. *Routledge*, 40-52.
- Habermas, J. (2005). Religion in the public sphere. *Holberg Prize Seminar*.
- HooverInstitution (2018). Ronald Reagan and Pope John Paul II: The Partnership that Changed the World.
- Kengor, P. (2007). The Crusader: Ronald Reagan and the Fall of Communism . *The Heritage Foundation*, 1-11.
- Koczanowicz, L. (1997). Memory of politics and politics of memory. Reflections on the construction of the past in post-totalitarian Poland. *Studies in East European Thought*, 49(4), 259–270.
- Kraszewski, G. (2012). Catalyst for Revolution Pope John Paul II's 1979 Pilgrimage to Poland and Its Effects on Solidarity and the Fall of Communism. *The Polish Review*, 27-46.
- Krygier, M. (2009). The Fall of European Communism: 20 Years After. *Hague Journal on the Rule of Law*, 195-214.
- Lara, J. (2009). El comunismo cayó gracias a Juan Pablo II y no a Estados Unidos; memorias de Navarro Valls. *El Mundo*.
- Mattingly, T. (2018). Ties that Bind: John Paul II, Ronald Reagan, Russia and Fatima. *Religion Unplugged*.
- McBrady, J. (2015). The Challenge of Peace: Ronald Reagan, John Paul II, and the American Bishops. *Journal of Cold War Studies*, 129 - 152.

- Meese III, E. (2018). Ronald Reagan and Pope John Paul II: The Partnership that Changed the World. (H. Institution, Entrevistador)
- Morera, C. (2012). Polonia bajo la ley marcial, 1981: actitudes, interpretaciones y encuadres en la prensa española de referencia. *Investigaciones Históricas*, 283-306.
- Nash, G. H. (2018). Reagan's Right Turn. *Modern Age*, 33-47.
- Neuhaus, R. J. (1997). The Very Liberal John Paul II. (Cover story). *National Review*, 49(15), 32–35. Retrieved from
- Norris, P., Inglehart, R. (2011). *Sacred and secular religion*. Cambridge University Press.
- Orella, J. L. (2017). Prawo i Sprawiedliwość, el hijo nacionalcatólico de Solidaridad. *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia Contemporánea*, 205-224
- Osa, M. (1996). Pastoral Mobilization and Contention: The Religious Foundations of the Solidarity Movement in Poland. En C. Smith, *Disruptive Religion: The Force of Faith in Social-movement Activism* (págs. 67-83). Routledge.
- Presidential Foundation & Institute (2019). Talking "to" people, not "about" them.
- Reagan, R. (1964). A Time for Choosing. *Presidential Foundation & Institute*.
- Reagan, R. (1983). The Evil Empire Speech. *Presidential Foundation & Institute*.
- Scott, D. (2005). The Pope we never knew. *Christianity Today*, 34-38.
- Szulc, T. (2008). *Pope John Paul II*. Pocket Books.
- Taubman, W. (2018). *Gorbachov: Vida y época*. DEBATE.
- TER BORG, M. B. (2008). Transcendence and Religion. *Implicit Religion*, 11(3), 229–238. <https://doi.org/10.1558/imre.v11i3.229>
- Thomas, S. (2010). A Globalized God: Religions Growing Influence in International Politics. *Foreign Affairs*, Vol. 89, nº 6.
- Van der Linden, H. (2001). Beyond the Liberal Peace Project: Toward Peace with Justice. *Journal of Social Philosophy*, 32(3), 419–430. Retrieved from
- Vinocur, J. (1979). Nine triumphant days in Poland. *The New York Times*.

Vitelli, M. (2014). Veinte años de constructivismo en Relaciones Internacionales. Del debate metateórico al desarrollo de investigaciones empíricas. Una perspectiva sin un marco de política exterior. *Revista POSTdata*.

Walesa, L. (1983). Nobel Lecture.

Weigel, G. (2001). Catholicism and democracy in the age of John Paul II. *Logos: a journal of Catholic Thought and Culture*, 36-64.

Wendt, A. (1992). Anarchy is what States Make of it: The Social Construction of Power Politics. *International Organization - The MIT Press*, 391-425.

Zagacki, K. S. (2001). Pope John Paul II and the Crusade against Communism: A Case Study in Secular and Sacred Time. *Michigan State University Press*, 689-710.

(1989). Discurso del Santo Padre Juan Pablo II al presidente del Soviet Supremo de la URSS Mijail Gorbachov. *L'Osservatore Romano*, n.50, p.1, 7.

(1979). Discurso del Papa Juan Pablo II a los jóvenes universitarios. Cracovia, viernes 8 de junio, *Santa Sede*.

(1979). Homilía del Santo Padre Juan Pablo II; Santuario de Jasna Gora, miércoles 6 de junio, *Santa Sede*.

(1979). Discurso del Santo Padre Juan Pablo II al episcopado y a los fieles en la catedral San Juan Bautista de Varsovia, sábado 2 de junio, *Santa Sede*.

(1979). Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a los jóvenes, Gniezno, domingo 3 de junio, *Santa Sede*.

(1979). Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a los jóvenes universitarios, Cracovia, 8 de junio, *Santa Sede*.

(1979). Discurso del Santo Padre Juan Pablo II; ceremonia de despedida, Balice, domingo 10 de junio, *Santa Sede*.

(1979). Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a la XXXIV Asamblea General de las Naciones Unidas, Nueva York, 2 de octubre, *Santa Sede*.

